

Serie: Tratados Teológicos

La Redención

Un estudio profundo del maravilloso plan de Dios para rescatar al hombre de las profundidades del pecado y de la consecuente muerte eterna.



Federico Salvador Wadsworth





0. Contenido

0.	Contenido	2
1.	Introducción General	3
2.	Estructura del Tratado Teológico	3
3.	Mapa General de Tratados.....	5
4.	Mapa del Tratado	6
5.	Propósito del Tratado	7
6.	Desarrollo del tema	7
6.1.	Introducción.....	7
6.2.	Una situación desesperada.....	8
6.3.	El Dios de la Redención	10
6.4.	Un plan eterno y misterioso.....	13
6.5.	El Plan de la Redención	18
6.6.	El Sustituto dispuesto.....	19
6.7.	Una mirada más al concepto teológico	22
6.8.	El alto precio	25
6.9.	La fractura	32
6.10.	Una segura esperanza.....	35
7.	Material complementario	37
7.1.	El mensaje de Isaías 53.....	37
7.2.	La redención en Abraham e Isaac	40



1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32).**

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15).**

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7).**

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12).** Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- | | | |
|----|----------------------------|-------------|
| a. | Religiones comparadas | Serie 70.nn |
| b. | Cronologías | Serie 75.nn |
| c. | Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. | Genealogías | Serie 85.nn |
| e. | Biografías bíblicas | Serie 90.nn |
| f. | Historia | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
- b. Citas Bíblicas (en color rojo).
- c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
- d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
- e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
- f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
- g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

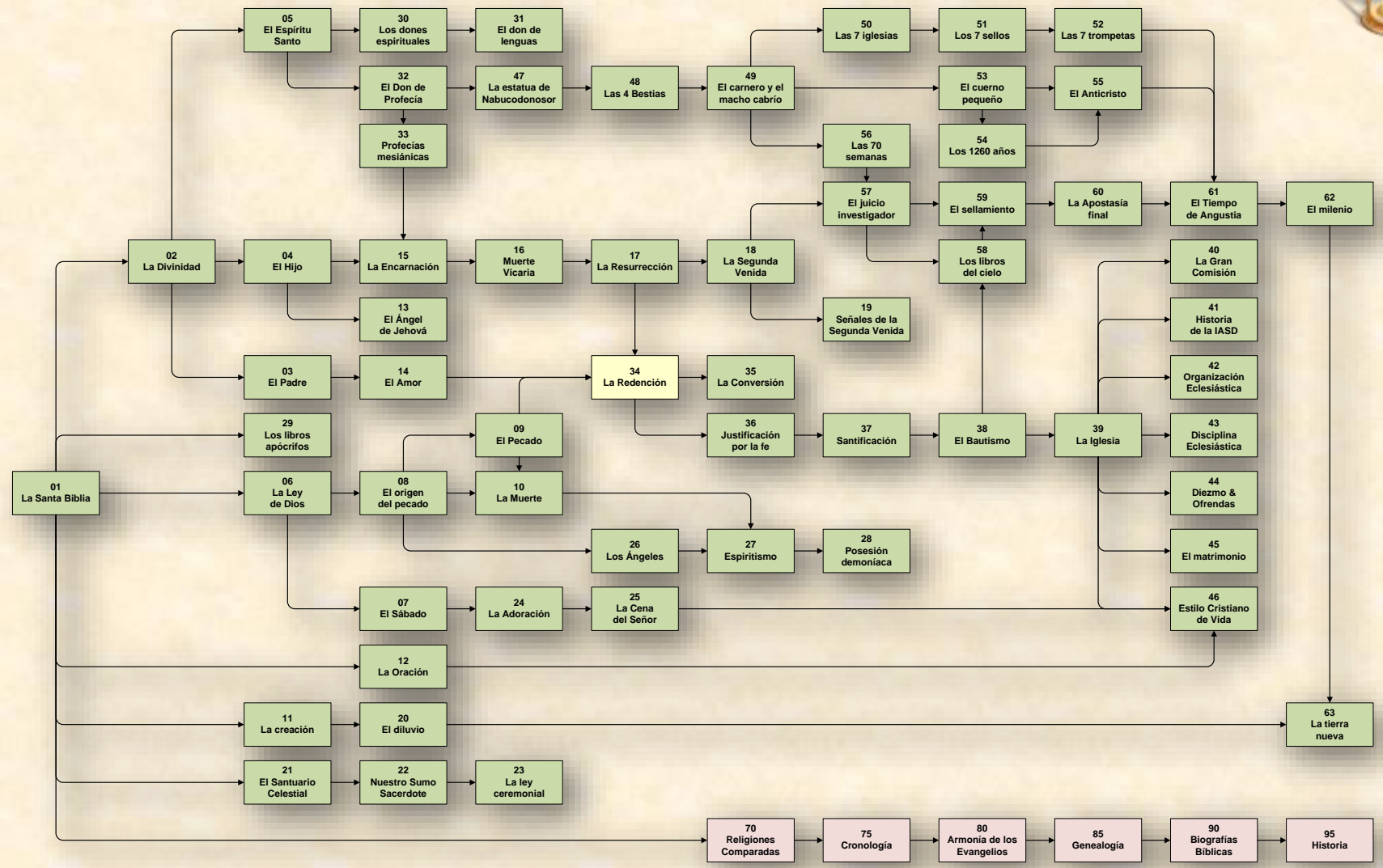
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayuda memoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchen con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que **“de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8)**.

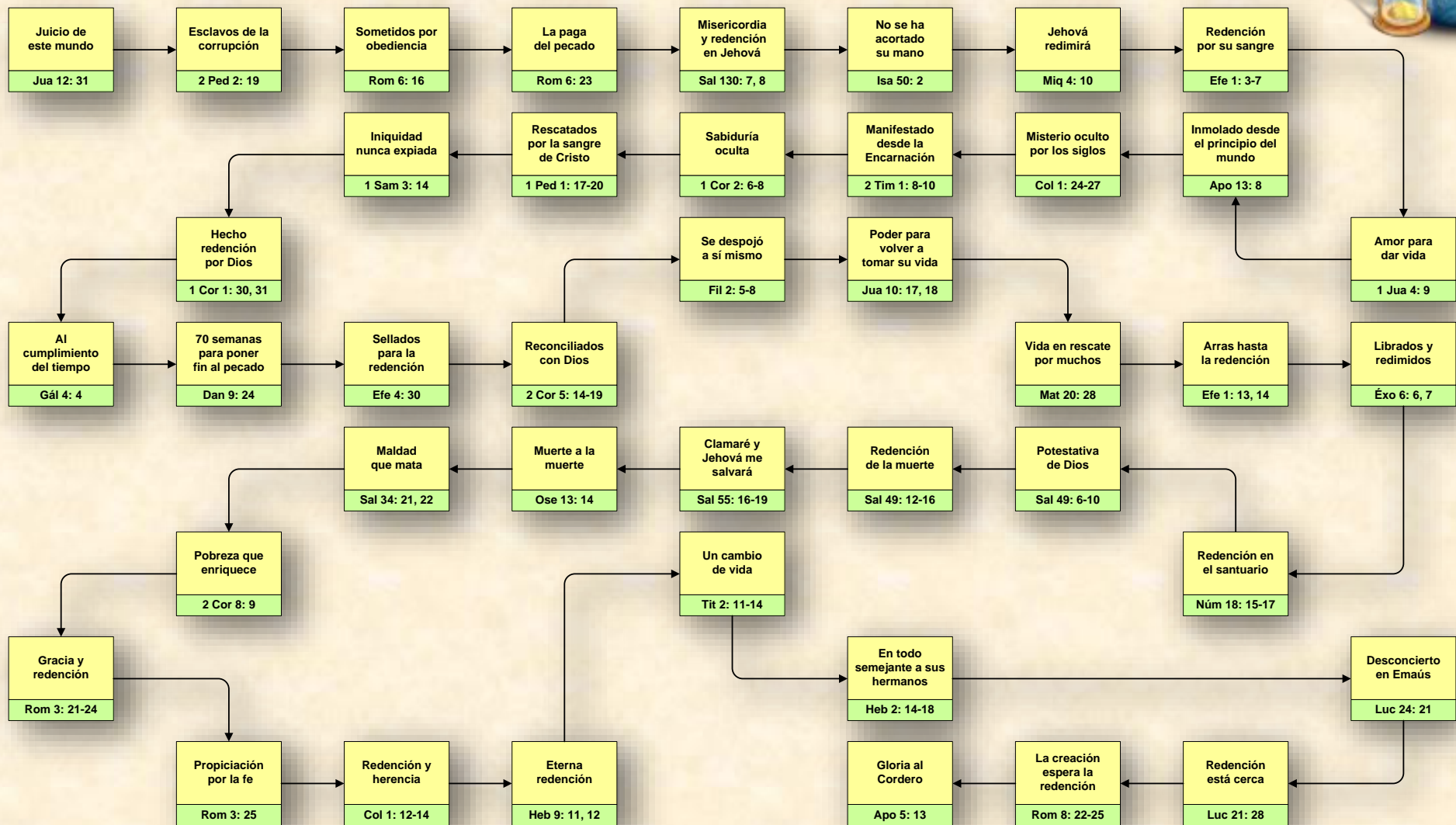


3. Mapa General de Tratados





4. Mapa del Tratado





5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Presentar el plan de la salvación desde la perspectiva de la redención del hombre.
- b. Mostrar la profundidad de la expiación y su significado para la raza culpable.
- c. Valorar el gran sacrificio de Dios al entregar a su Hijo.
- d. Comprender el pago por el pecado desde la perspectiva de la Ley de Dios.
- e. Tratar el tema del pathema divino.
- f. Revisar algunas de las figuras utilizadas en la Santa Biblia para presentar el concepto de redención.

6. Desarrollo del tema

6.1. Introducción

Uno de los campos de estudio de la teología es la soteriología (*sōtēria*, "salvación" y *logos*, "estudio"), que trata del plan divino de la redención, más particularmente de la obra de salvación de Cristo. Este, pienso, es un campo tan extenso (como casi todos los que implican el intento de comprensión de la motivación divina) que es difícil de abarcar por más esfuerzos que se haga. Intentaremos, sin embargo, presentar algunos conceptos claves, aunque apenas excaven la superficie de este magnífico yacimiento de joyas de la misericordia divina; en un tema que sin duda será el objeto del estudio eterno de los redimidos.

La redención se hizo necesaria luego de la caída de nuestros primeros padres, suceso que separó a nuestra raza de la comunión perfecta que habían disfrutado otros mundos. Apenas si nuestras mentes mortales pueden alcanzar a dimensionar la magnitud del sacrificio que Dios hizo por restaurar lo que el pecado parecía haber dañado irremisiblemente.

Dios ha hecho lo indescriptible. Es posible que no podamos comprenderlo plenamente, pero sí podemos disfrutar plenamente de su beneficio. El remedió la rebelde separación de la existencia humana de la amante armonía de su gobierno cósmico a través del autosacrificio que se manifiesta en la encarnación, el ministerio y la muerte en la cruz de su único Hijo. En aquel dolorosísimo acto de la redención, Dios también resolvió apropiadamente el conflicto cósmico. En la doctrina cristiana se llama expiación a esta obra del Señor en beneficio de sus criaturas. En la historia de la teología cristiana se han hecho muchos intentos para descubrir el significado de la expiación, pero ninguna de las teorías propuestas ha encontrado aceptación universal. La profundidad del tema, así como la importante cantidad de información que sobre el mismo se encuentra en la Escritura, dificulta formular una interpretación totalmente integrada a la doctrina. Hay dimensiones de la expiación que escapan a la comprensión humana y que no se pueden integrar en un sistema racionalista de pensamiento. Por ejemplo, no importa cuánto podamos decir acerca de la encarnación, siempre permanecerá más allá de nuestro alcance; y lo mismo se puede decir de los efectos de la muerte de Cristo en la cruz sobre las relaciones inter-trinitarias. Estos hechos y experiencias se encuentran en el mismo centro de la expiación.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 5

El concepto de un Dios amante y benevolente, en una dimensión incomprensible para nuestros egoístas corazones, entregando a su Hijo a cambio del pecador, un enemigo, excede sin duda nuestra comprensión. La destrucción de los rebeldes hubiera parecido una acción más justa para la raza culpable... pero tenemos un Dios misericordioso que ofreció el más grande sacrificio posible para restaurar la posibilidad de la vida eterna para el linaje rebelde de la que formamos parte. Algunos encuentran incomprensible la tolerancia de Dios a la existencia del mal. Me gusta la forma en que el autor siguiente enfoca este profundo análisis.

¿No podría Dios haber evitado el problema del pecado no creando a Lucifer? La pregunta es válida. Dado que Dios es omnisciente, supo con anticipación que algunas de sus criaturas inteligentes se rebelarían contra él. Dado que Él es omnipotente, tenemos que concluir que el pecado y el mal existen porque Dios les permitió existir. Ya hemos dicho que no hay una conexión causal entre Dios y el pecado. Debo reconocer que es prácticamente imposible dar una respuesta satisfactoria a la pregunta en cuestión. Dado que este tema no se aborda explícitamente en la Biblia, cualquier intento de responder esa pregunta quedaría incompleto e incluiría un elemento de especulación al tratar de llenar las lagunas del conocimiento. Uno puede teorizar que Dios podría haber hecho lo que sugiere la pregunta. Sin embargo, quisiera postular que, para que Dios sea siempre quien es, tenía que permitir que Lucifer se convirtiera en lo que quería ser, a saber, Satanás.

Cuando tratamos de adivinar lo que Dios podría o no haber hecho no tenemos más remedio que utilizar un lenguaje analógico. Es decir, tenemos que usar el lenguaje, las experiencias y las condiciones humanas; en otras palabras, lo que sabemos, para tratar de imaginar lo que Dios podría haber hecho. Pensando en eso quiero hacer una sugerencia para su consideración. Sería correcto



decir que en algún momento de la eternidad Dios decidió, en su propia libertad, crear criaturas libres e inteligentes. También sabía que una de esas criaturas se rebelaría contra él. ¿No debería Dios haber reexaminado en ese momento su decisión original y tal vez cambiarla? Desde la perspectiva humana la respuesta más racional sería: ¡sí! Al hacer esto habría abortado el origen del mal. Analógicamente esperaríamos que Dios arribara a la misma conclusión y cambiara su plan. Pero debemos examinar un poco más detenidamente nuestra pronta respuesta.

Deberíamos preguntarnos, ¿por qué tendríamos que cambiar de opinión? La respuesta fundamental sería probablemente que queremos evitar un problema grave. La verdad es que renunciaríamos a nuestros planes, porque tememos enfrentar un problema difícil. Por lo tanto, el problema que esperábamos nos derrotó en el sentido en que nos obligó a cambiar lo que habíamos decidido hacer. ¡Pero Dios no es como nosotros! Una vez que decidió crear criaturas libres e inteligentes no había ninguna fuerza real o potencial capaz de forzarlo a cambiar sus planes. Cuando vio el problema, la cuestión que pudo haber venido a su mente no fue, ¿debemos cambiar nuestros planes?, sino ¿cómo debemos resolver este problema? De lo contrario, el temor de tener que hacer frente a sus criaturas rebeldes lo habría derrotado en el sentido de haberse visto obligado a cambiar su plan. No hay poder fuera de la propia naturaleza de Dios capaz de obligarlo a modificar o abandonar lo que pretende hacer. Un Dios derrotado no es un Dios verdadero. Nuestro Dios es el Valiente que, sin cambiar su plan, decidió enfrentar el problema del pecado y del mal para resolverlo de una vez por todas a través de su Hijo. Además, la imposición de sanciones morales y espirituales en seres inteligentes los privaría de su verdadera libertad.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 61-63

No cabe duda que Dios debe poseer una perspectiva frente a la libertad de amar (u odiar), de la que dotaría a todas sus criaturas, que decidió arriesgar todo para que fuera claro para todos los seres creados que es un Dios digno de ser amado y adorado. Comprender la grandeza del corazón de Dios y su respeto por criaturas insignificantes (comparativamente hablando) dice mucho de su carácter magnánimo. Acompañeme a descubrir el plan de redención trazado desde la eternidad para salvarnos a usted y a mí.

6.2. Una situación desesperada

El hombre como corona de la creación había recibido de Dios el dominio sobre la tierra y todo su maravilloso contenido. Se le había otorgado plena potestad sobre las bestias del campo, las aves del cielo y todo aquello que sus ojos contemplaban con arrobamiento. Pero la caída de nuestros padres en pecado cambió todo. Adán cedió su soberanía a Satanás, a quien las Escrituras llaman el “**príncipe de este mundo**”. De la condición de servir a Dios por amor y gratitud había pasado a la vil esclavitud del pecado.

Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.

Juan 12: 31

La caída ha convertido a los seres humanos en esclavos de las potencias del mal. La Biblia describe a Satanás como el príncipe de este mundo (**Juan 12: 31; 14: 30; 16: 11**). Pablo se refiere a los gentiles como quienes fueron esclavizados a aquellos que “**por naturaleza no son dioses**” (**Gálatas 4: 8**), es decir, a los poderes espirituales que se hacen pasar por dioses. Juan va aún más lejos cuando dice: “**Sabemos que el mundo entero está bajo el control del maligno**” (**1 Juan 5: 19**). El término “**mundo**” tiene aquí una connotación negativa que designa a la humanidad que está en oposición a Dios. Esta masa humana está en un estado de alienación y una condenación caracterizada por la oscuridad (**Juan 1: 5; 12: 46**), la muerte (**5: 19-27; 8: 37, 44**), el pecado (**8: 21, 34**), la esclavitud (**8: 34-36**), y la falsedad (**8: 44**). Es ese mundo que está bajo el control del maligno, [al] que no pueden vencer o libertarse de su poder.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 56

Aunque el pecado había cambiado la relación del hombre con Dios, aquél no comprendió el cambio radical que este traería sobre la creación, mancillada por el pecado, y también sobre su carácter, ahora inclinado al mal. Vencido por el enemigo en el campo de la obediencia se daría pronto cuenta que su capacidad para resistir el mal era cada vez menor, había pasado a ser esclavo de quien lo venció, sin capacidad para librarse de su inclinación a la iniquidad.

Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.

2 Pedro 2: 19

¿No sabéis que, si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?

Romanos 6: 16

Pedro escribió: “Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (2 Pedro 2: 19), y Pablo añadió: “¿no sabéis que, si os sometéis a alguien como esclavos para



obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (**Romanos 6: 16**). Consecuentemente, los seres humanos viven “para servir a la inmundicia y a la iniquidad” (**Romanos 6: 19**). Después de la caída el pecado se esparció por toda la tierra con alarmante rapidez (**Génesis 6: 5, 11**), lo que indica que es imposible para cualquier ser humano escapar de su poder. El dictum de Pablo es correcto: “Como está escrito: no hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios” (**Romanos 3: 10, 11**; cf. **Salmos 14: 13**).

La Biblia describe la condición humana en una forma deprimente. El profeta se refiere al corazón humano como: “Engañoso... más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (**Jeremías. 17: 9**). El pecado controla a los seres humanos hasta el punto que sus mentes son hostiles a Dios y no están en condiciones de someterse a su ley (**Romanos 8: 7, 8**). La imagen de Dios, aunque no totalmente borrada en el hombre, ha sido seriamente dañada (cf. **3: 23**). Los seres humanos reconocen que hay algo extrañamente malo en ellos, que son conscientes de ello, pero que son incapaces de remediarlo (cf. **Jeremías 13: 23**). Los seres humanos desean ansiosamente tener paz interior, amar y ser amados, estar libres de temor, de dolor emocional y físico; para poder lograr sus objetivos más nobles de la vida sin ningún obstáculo. Sin embargo, incluso sus mejores esfuerzos solo tienen un éxito parcial y les producen una profunda frustración. En su condición natural nunca están plenamente satisfechos con lo que han logrado o con lo que son, existiendo en la angustia y el absurdo. El pecado ha desorientado a los seres humanos y los ha dejado en la oscuridad y espiritualmente incapacitados. El control del pecado es tan fuerte que por sí solos nunca podrán librarse de él. La búsqueda humana de la autorrealización termina en un estado o condición en la que el pecado gobierna sobre ellos como un rey déspota privándolos de la vida verdadera.

La profunda relación que existe entre el pecado y la muerte hace que la condición humana sea aún más desesperada. Pablo comentó: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (**Romanos 5: 12**). Cuando Adán y Eva pecaron, la primera víctima no fue solamente su vida natural, sino, particularmente, su vida espiritual: su unión con Dios. El pecado poseyó su propia existencia, produciendo una condición existencial caracterizada por la desconexión, por la muerte. Toda la humanidad quedó enredada en la universalidad del pecado.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 54, 55

Pronto comprendería Adán que su pecado había trastornado todo el orden que conocía. Comprendería la muerte cuando tuvo que sacrificar el primer cordero por su pecado y entendió que toda la creación sufriría ahora las consecuencias de su alejamiento de la voluntad de Dios. Finalmente sería testigo de cómo la muerte, consecuencia del pecado, le arrancaba a uno de sus hijos de los brazos.

Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

Romanos 6: 23

Romanos 5: 12 describe un fenómeno universal que toca a toda la humanidad como consecuencia del pecado de uno: Adán. No hay aquí referencia a la imputación del pecado de Adán a “todos”. Si bien hay un claro elemento de solidaridad con él, es el resultado, no el acto. Lo que él hizo, como representante de la raza humana, afectó a sus descendientes. Pablo no especula acerca de la relación específica entre el pecado de Adán y el pecado de todos. Simplemente declara que el acto de uno trajo el pecado como un poder en el mundo, el pecado trajo consigo la muerte, y puesto que los seres humanos nacen en un estado de muerte, separados de Dios y con la necesidad de salvación, no están en condiciones de superar el pecado (cf. **Romanos 8: 68**). Para Pablo la muerte es la paga del pecado (**Romanos 6: 23**), y al mismo tiempo lo que hace que el pecado sea inevitable, es decir, lo que permite que el pecado reine sobre los seres humanos (**Romanos 5: 21, 17**). Teológicamente, la muerte “designa la condición física espiritual de la humanidad en Adán”, “la que llegó inicialmente a través del pecado de Adán (**Romanos 5: 12-21, 1 Corintios 15: 21, 22**)”. Los seres humanos están por naturaleza muertos en sus delitos y pecados (**Efesios 2: 1**).

El hecho de que la muerte haya alcanzado a todos los seres humanos, hace que toda la humanidad esté constituida por pecadores. Debemos tomar la declaración de Pablo y llegar a la conclusión de que “la muerte así pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. La muerte, tanto física como espiritual, así como el pecado, constituyen un fenómeno universal. Siendo que el pecado de Adán trajo tanto la muerte espiritual como la muerte física y la separación de Dios, el pecar llegó a ser inevitable para la totalidad de sus descendientes (“todos pecaron”; cf. **3: 9, 10**). Solo a través de la obra expiatoria de Cristo los seres humanos pueden ser libertados del poder del pecado y de la muerte.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 55, 56

Esta condición desesperada del hombre requeriría un plan de salvación, capaz de enfrentar las consecuencias del pecado, liberar al hombre de la muerte a la que ahora estaba sujeto, sino también hacerlo



sin alterar la justicia de Dios. Un plan tal debía pagar la culpa que exigía la justicia, pero debía ser capaz de librar al pecador arrepentido. No estaba al alcance del hombre proveer la solución, solamente la Divinidad podía hacerse cargo de algo tan grande, tan misericordioso, tan sublime y además tan misterioso como la propia naturaleza de Dios.

Cristo vino a poner la salvación al alcance de todos. Sobre la cruz del Calvario pagó el precio infinito de la redención de un mundo perdido. Su abnegación y sacrificio propio, su labor altruista, su humillación, sobre todo la ofrenda de su vida, atestiguan la profundidad de su amor por el hombre caído. Vino a esta tierra a buscar y salvar a los perdidos. Su misión estaba destinada a los pecadores: de todo grado, de toda lengua y nación. Pagó el precio para rescatarlos a todos y conseguir que se le uniesen y simpatizasen con él. Los que más yerran, los más pecaminosos, no fueron pasados por alto; sus labores estaban especialmente dedicadas a aquellos que más necesitaban la salvación que él había venido a ofrecer. Cuantas mayores eran sus necesidades de reforma, más profundo era el interés de él, mayor su simpatía, y más fervientes sus labores. Su gran corazón lleno de amor se conmovió hasta sus profundidades en favor de aquellos cuya condición era más desesperada, de aquellos que más necesitaban su gracia transformadora.

Ellen G. White, Joyas de los Testimonios, Tomo II, 246

6.3. El Dios de la Redención

En el mundo pagano los dioses debían ser aplacados con sacrificios, inclusive humanos. Los dioses, creados por la mente humana, no se separaban mucho de la naturaleza humana caída, por el contrario, eran una muestra exacerbada de las debilidades y del carácter de sus seguidores. Los dioses eran, por lo tanto, promiscuos, violentos, lascivos, sedientos de sangre, indolentes y egoístas. No cabía en la mente del adorador pagano la existencia de un dios benevolente, muy por encima de la escasa bondad del ser humano, mucho menos un dios capaz de sacrificarse por sus criaturas.

La historia de las religiones revela el sorprendente hecho de que la multiplicidad de los actos religiosos realizados por los seres humanos ha sido fundamentalmente un intento de influir en los dioses para que los amaran y los aceptaran. Los seres humanos han sacrificado a sus propios hijos ante los dioses en un intento desesperado por apaciguarlos. Atribuyeron a sus dioses las necesidades de los seres humanos y luego satisficieron esa necesidad a través de sus ofrendas, a fin de demostrar que eran dignos del amor de sus dioses. Esta visión distorsionada de Dios se originó en la mente corrupta del querubín caído y se pasó a la conciencia corrompida de los seres humanos caídos.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 53

Muy por el contrario, el Dios del cristianismo es totalmente diferente. Un Dios amante y misericordioso, interesado en los seres humanos y en su felicidad, dispuesto a darlo todo para rescatarlos de la miseria espiritual en la que con frecuencia vivimos. Un Dios capaz de sufrir y lamentarse por la condición de sus criaturas no cabía en la comprensión de los paganos. Los sabios griegos en el Areópago no podían entender que Pablo les presentase un Dios que había sido capaz de sacrificarse, darse a sí mismo, por sus criaturas. Como cristianos sí creemos en un Dios interesado en nuestra salvación. Podemos verlo pagando la deuda de la redención con su propia sangre.

Espere Israel a Jehová, Porque en Jehová hay misericordia, Y abundante redención con él; Y él redimirá a Israel de todos sus pecados.

Salmos 130: 7, 8

La palabra pathos significa que Dios es un Dios de pasiones y emociones, lo que podríamos esperar en un ser relacional. Muy temprano en la historia entró en la teología de la iglesia la idea griega de que los dioses son seres tan perfectos que estaban más allá de las emociones y los sentimientos. Siendo que los dioses griegos no podían experimentar cambio, no podían poseer emociones, porque las emociones, casi por definición, implican cambio. Por lo tanto, los dioses estaban separados, eran indiferentes e inmutables, y no podían ser relacionales en el sentido bíblico. Eran impasibles. La enseñanza bíblica del Dios triuno revela un Dios que interactúa y que, por tanto, experimenta pathos. Se puede identificar, no sólo con nuestro gozo y nuestra felicidad, sino también con nuestro sufrimiento y nuestro dolor. Él dijo a Moisés: **“Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias” (Éxodo 3: 7)**. La doctrina de la expiación revela claramente a un Dios que no está separado, sino uno que desciende a nuestro nivel con el propósito de participar de nuestra miseria, e incluso, tomarla sobre sí mismo.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 11, 12

La redención implica el pago de una deuda, una deuda impuesta por la caída del hombre en el pecado. Una deuda que implica la muerte del transgresor y una justicia que debe ser satisfecha. Era necesario que la deuda se pagara con una vida, una vida en reemplazo de otra. Alguien debía morir para que mi deuda por el pecado pudiera ser saldada. Pero no bastaba la vida de un hombre por otro, pues todos



somos sujetos de la muerte, y con nuestra muerte eterna apenas si saldaríamos nuestra propia deuda, sin ganar ningún derecho a la vida eterna. La deuda debía ser pagada por sangre inocente... pero de una naturaleza que compensara la justicia de Dios. He oído con sorpresa que algunas personas consideran injusto el sacrificio sustitutivo de Cristo en la cruz, y que les parece que el Justo no debería haber sufrido por el pecador. Yo agradezco que Dios sea tan magnánimo que haya permitido que su Hijo, la Majestad de los cielos, haya muerto por un despojo como yo. Estoy ahora, por la fe, liberado de mi culpa, con una gratitud enorme y consciente de un beneficio que jamás podré pagar. Trataré que mi vida sea consecuente con la gratitud que inunda mi corazón.

Jesucristo “murió por nosotros” (**1 Tesalonicenses 5: 10**). No murió meramente a manos de sus enemigos o como resultado de su propio pecado o culpa. Murió específicamente por nosotros: “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (**Romanos 5: 8**). Se entregó a sí mismo “por nosotros” (**Efesios 5: 2**) y fue hecho “por nosotros maldición” (**Gálatas 3: 13**). Cristo fue nuestro representante, como lo expresó sucintamente Pablo en **2 Corintios 5: 14**: “Uno murió por todos, luego todos murieron”. La muerte del representante cuenta como la muerte de quienes él representa. Pero “representante” es un término que puede significar mucho o poco. Necesita que se lo haga más preciso. Si Cristo, sin pecado como era, vino ciertamente para compartir el horrible peso y penalidad del pecado, es difícil evitar la conclusión de que él murió no sólo “por mí” (“por mi causa” o “en mi favor”) sino también “en mi lugar”, especialmente porque a causa de su vida y su muerte ya no necesito morir.

Por supuesto, no es ningún secreto que algunos rechazan el lenguaje más antiguo de sustitución sobre la base de que está excesivamente cargado con apariencias engañosas, incluso falsas connotaciones. Sin embargo, una diversidad de declaraciones del Nuevo Testamento indica que en su muerte Cristo ciertamente tomó nuestro lugar. En dos de los evangelios sinópticos uno puede encontrar el bien conocido dicho de Jesús sobre el rescate: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate [lýtron] por muchos [anti pollón]” (**Mateo 20: 28**; ver también **Marcos 10: 45**). “Rescate” es lo que se paga para liberar de la cautividad, una suma dada en intercambio, usualmente por una persona. El término claramente sugiere una sustitución. Lo mismo pasa con anti (traducido “por”), una preposición que esencialmente significa “en cambio de”, “en lugar de”. En su muerte Jesús tomó nuestro lugar, identificándose con los pecadores. No obstante, su alma se retrajo de esa identificación (**Mateo 26: 36-39, 42-44**; **Lucas 22: 41-44**). Esto le da significado a su exclamación de abandono y desamparo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (**Marcos 15: 34**). ¿Por qué Jesús entró en angustia al contemplar la muerte? ¿Era temor de la tortura por la que estaba pasando? Muchos que eran inferiores a él han enfrentado la muerte con calma. Él no se retrajo de la muerte como tal, sino de la muerte que era la muerte de los pecadores, la muerte en la cual él, el Ser sin pecado, experimentaría el horror de ser separado del Padre, de sentirse abandonado por él. Pablo parece haberse referido a eso cuando escribió que Dios, “al que no conoció pecado, por nosotros [por nuestra causa (hypér)] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (**2 Corintios 5: 21**). Cristo llegó a ser algo que no había sido. Esto tiene que significar que en una forma insondable él tomó el lugar de quienes de otro modo sufrirían la muerte. El apóstol no quería decir que Jesús era un pecador, pero llegó tan cerca como le fue posible, transmitiendo el pensamiento de que Dios lo consideró en la misma manera en que consideró a los pecadores.

“Rescate” (lýtron) es parte de un grupo de palabras que se encuentran en varios pasajes del Nuevo Testamento, generalmente traducidas “redimir” o “redención”, como en **Romanos 3: 24**; **Efesios 1: 7**; **Tito 2: 14**; **Hebreos 9: 12, 15**; **1 Pedro 1: 18, 19**. “Rescate”, antes que “liberación”, es el significado esencial de estos dichos. Un “rescate” y una muerte vicaria (sustitutiva) es una descripción escogida por los escritores del Nuevo Testamento para explicar a los primeros creyentes qué había ocurrido en la cruz. Pablo utiliza el mismo pensamiento vez tras vez, aunque en muchos casos emplea la preposición hypér en vez de anti. Hypér generalmente se usa en el sentido representativo de “por” o “en favor de”, aunque a veces linda con anti, “en cambio de”, como, por ejemplo, en **2 Corintios 5: 15** y **1 Timoteo 2: 6**. De modo que Cristo murió en favor de y en lugar de nosotros. En realidad, “rescate” tiene su sentido verdadero y propio en Pablo cuando el apóstol comenta que Jesús “se dio a sí mismo en rescate [anti lýtron] por todos [hypér]” (**1 Timoteo 2: 6**), una declaración reminiscente del pasaje del rescate tanto en **Mateo** como en **Marcos**. Aquí anti e hypér se usan juntos. También es digno de notar el hecho de que en esta declaración la palabra lýtron se combina con anti. La fuerza de esta palabra combinada, que significa “sustituto-rescate”, testifica que el pasaje señala a una interpretación de la muerte de Cristo percibida como un acto realizado por Jesús en lugar de otros.

El concepto sustitutivo es también evidente en **1 Pedro 2: 24**: “Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”. Asimismo, en **Hebreos 9: 28**, que habla de Cristo como habiendo sido “ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos”. Esto no debe entenderse como significando meramente que Jesús soportó las frustraciones y dificultades involucradas en vivir entre gente pecadora. El significado de “llevar los pecados” es hecho claro mediante varios pasajes del Antiguo Testamento donde el contexto muestra que llevar los pecados significa llevar la



penalidad de ellos. Así se registra a Dios como diciendo: “El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo... la impiedad del impío será sobre él” (**Ezequiel 18: 20**). Del mismo modo en **Números 14: 34**, los 40 años de peregrinaje de Israel por el desierto se describen como el hecho de llevar la penalidad de su pecado de rebelión contra Dios. El hecho de que Cristo lleva nuestros pecados es una referencia a que lleva nuestra penalidad.

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 201, 202

En un mundo egoísta como en el que vivimos nos resulta casi imposible comprender el sacrificio. El deseo de la autosatisfacción que gobierna este mundo ha casi eliminado virtudes como la abnegación. Aún el amor de madre, considerado antes como un reflejo cercano del amor de Dios, se ha alejado tanto que casi ya no se le reconoce. El crecimiento del aborto, el abandono de los niños por padres y madres, la impresión generalizada que los hijos son una atadura permea nuestro mundo. La abnegación, el sacrificio de unos por otros parece inconcebible. Pero no en la mente de Dios. Él está más que dispuesto a pagar el precio, estuvo y está dispuesto a redimir.

¿Por qué cuando vine, no hallé a nadie, y cuando llamé, nadie respondió? ¿Acaso se ha acortado mi mano para no redimir? ¿No hay en mí poder para librar? He aquí que con mi reprensión hago secar el mar; convierto los ríos en desierto; sus peces se pudren por falta de agua, y mueren de sed.

Isaías 50: 2

Como en otras oportunidades Dios libró a su pueblo y lo redimió de la esclavitud, como cuando Judá fue transportado a Babilonia; así Dios ahora nos ofrece una liberación que no merecemos, una salvación que no podemos pagar. Seremos librados finalmente del enemigo que nos mantiene cautivos: el pecado.

Duélete y gime, hija de Sion, como mujer que está de parto; porque ahora saldrás de la ciudad y morarás en el campo, y llegarás hasta Babilonia; allí serás librada, allí te redimirá Jehová de la mano de tus enemigos.

Miqueas 4: 10

El propósito de Dios de librarnos de la esclavitud del pecado incorporaba los tres aspectos indispensables para el plan de salvación:

- a. El pago del precio por nuestra salvación, la redención por la sangre de Jesús
- b. La adopción como hijos a través del bautismo
- c. La santificación durante nuestra vida en Cristo por la obra maravillosa de transformación del carácter, realizada por el Espíritu Santo

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia,

Efesios 1: 3-7

Para todo esto era indispensable que se cumpliera el plan trazado desde la eternidad para la salvación del hombre, empezando por la Encarnación de Dios el Hijo, su ejemplar vida sin pecado y su sacrificio vicario en la cruz, cargando mis pecados y los tuyos, y de todos los que quieran colocar sus vidas en las manos de un Dios amante. Era necesario que no solamente existiera una ofrenda acorde a la magnitud de la deuda a pagar, sino que esa fuera una ofrenda idónea. La vida perfecta, sin pecado, de mi Salvador (perdone que parezca que me lo apropie, pues también es el suyo) hacía al sacrificio digno de la justicia perfecta de Dios: el Justo entregándose en rescate por el pecador, para que nosotros, que no merecíamos vivir, vivamos, murió el que no merecía morir.

La venida de Cristo a nuestro mundo fue indispensable para implementar el plan divino. Él cumplió, desde el principio hasta el final, el propósito divino para su vida en carne humana. En su sermón del día de Pentecostés, Pedro señaló que Dios estuvo totalmente activo en el ministerio de Jesús, que Jesús fue entregado por los líderes judíos “por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (**Hechos 2: 23, 24**). El apóstol añade que Dios lo exaltó a su diestra y que “le ha hecho Señor y Cristo” (versículo **36**). Dios estuvo activo y presente de una manera especial en Cristo Jesús.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 71

El tema central de la Biblia, el tema alrededor del cual se agrupan todos los demás del Libro, es el plan de la redención, la restauración de la imagen de Dios en el alma humana. Desde la primera insinuación de esperanza que se hizo en la sentencia pronunciada en el Edén, hasta la gloriosa



promesa del Apocalipsis... el propósito de cada libro y pasaje de la Biblia es el desarrollo de este maravilloso tema: la elevación del hombre.

Ellen G. White, La Educación, 125

Aunque el concepto del Inocente pagando por el culpable sigue sublevando la lógica de algunas mentes, lo cierto es que la teología del amor que esta incorpora es maravillosa. Dios entregándose a sí mismo por sus enemigos, despierta en el corazón de los que hemos sido salvados una eterna gratitud. Dios instituyó, para una mejor comprensión del hombre, el sistema de sacrificios para que entendiéramos la sustitución que Él haría, en la culminación de los tiempos, por el pecador.

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.

1 Juan 4: 9

Íntimamente relacionado con el argumento de la muerte de Cristo como “sacrificio” por el pecado, aparece el asunto del inocente que sufre por los culpables (es decir, la muerte sustitutiva de Cristo).

En el capítulo 1 [del libro que estamos citando] notamos las viejas objeciones a la idea de la sustitución. “¿Qué hombre preguntó Anselmo en el siglo XI no sería juzgado digno de condenación si condenara al inocente para dejar ir libre al culpable?” En una forma similar, Pedro Abelardo escribió: “Cuán cruel e impío es que alguien demande la sangre de una persona inocente como el precio por cualquier cosa, o que de alguna manera se agradara de que un hombre inocente muera como si fuera culpable, todavía menos que Dios considerara la muerte de su Hijo tan agradable, que, por medio de ella fuera reconciliado con el mundo entero”.

En tiempos más recientes, John Macquarrie ha considerado como “subcristiano” que “Cristo fue castigado por el Padre por los pecados de los hombres y en lugar de los hombres”. Después de todo, arguye William Newton Clarke en la primera teología sistemática liberal en Estados Unidos de Norteamérica, “el castigo es absolutamente intransferible, y nadie puede, de ninguna manera, ser castigado por los pecados de otro... Por su misma naturaleza, el castigo solo puede caer sobre el pecador”.

Y, ¿no había escrito Ezequiel que “el alma que peque esa morirá”, y que “el hijo no llevará el pecado del padre ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él y la impiedad del impío será sobre él” (**Ezequiel 18: 20**)?

Sin embargo, frente a estas declaraciones y preguntas, la clara enseñanza tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento sugiere una conclusión opuesta. Si bien la “sustitución” no es una palabra bíblica, el concepto era omnipresente en el sistema sacrificial levítico. Como vimos en la sección anterior [del libro citado], y como Hans K. LaRondelle ha resumido sucintamente, “la idea de que la culpa puede ser transferida fue el principio subyacente de todo el ritual simbólico del santuario israelita; culminando en la ceremonia anual del chivo emisario”.

Más allá de todo eso, James Stalker sugiere que la doctrina de la expiación del Nuevo Testamento tiene “sus raíces en el Antiguo Testamento; y sin un conocimiento suficiente del sistema sacrificial de la antigua dispensación jamás podrá ser comprendida”.

George R. Knight, La Cruz de Cristo, La obra de Dios por nosotros, 75-77

He aquí la lógica de la salvación, que se arraiga profundamente en el plan divino de la redención, siendo irrecusable y demoleadora frente a todos los orgullosos ataques de la incredulidad. La “teología de la sangre” -según la despectiva frase de los enemigos de la cruz- que tiene a Cristo crucificado como su centro, permanece inmovible como nuestra roca de salvación (**Hebreos 9: 22; 1 Corintios 2: 2; Gálatas 3: 1**). Para muchos, ciertamente, es piedra de tropiezo, roca de escándalo y señal que será contradicha, pero para los redimidos es “la piedra viva, elegida, preciosa”, el fundamento inamovible de su fe (**1 Pedro 2: 4, 6, 8; Isaías. 28: 16; Salmos 118: 22**). Esta Piedra está puesta “para caída y levantamiento de muchos”, o según la figura de Pablo en **2 Corintios 2: 15, 16**, es “olor de muerte para muerte” en el caso de algunos, pero “de vida para vida” tratándose de otros. Para los judíos es tropezadero y para los griegos locura, pero no por eso deja de ser “potencia de Dios y sabiduría de Dios” (**Lucas 2: 34; 2 Corintios 2: 15, 16; 1 Corintios 1: 18, 23, 24**).

Erich Sauer, El Triunfo del Crucificado, 31

6.4. Un plan eterno y misterioso

Nuestra comprensión del carácter y la naturaleza de Dios es en gran manera imperfecta. Dadas nuestras humanas limitaciones tendemos a intentar entender las cosas de Dios en nuestra dimensión de criaturas. Dios nos ha proporcionado suficiente conocimiento para entender el plan de salvación que Él



diseñó desde la eternidad en el caso que las criaturas, a las que había dado libre albedrío, decidieran desconocerle como Padre y Creador. Valora tanto Dios nuestra libertad que, aún bajo la potencial situación que los seres que Él trajo a la existencia cayeran en pecado, su mano no se acortaría para salvar, a pesar de tener que entregarse a sí mismo en rescate por los extraviados. El Cordero había sido separado desde la eternidad para el rescate de la raza caída.

Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.

Apocalipsis 13: 8

La salvación de la humanidad no es el resultado de un pensamiento divino posterior, o una improvisación necesaria debido a un inesperado vuelco de los acontecimientos después de la entrada del pecado. Más bien, la salvación resulta de un plan divino para la redención del ser humano formulado antes de la fundación de este mundo [sería mejor decir desde la eternidad] (**1 Corintios 2: 7; Efesios 1: 3, 14; 2 Tesalonicenses 2: 13, 14**) y se arraiga en el amor eterno de Dios por la humanidad (**Jeremías 31: 3**).

Este plan abarca la eternidad pasada, el presente histórico y la eternidad futura. Incluye realidades y bendiciones como la elección y predestinación de ser el pueblo santo de Dios y ser semejantes a Cristo, la redención y el perdón, la unidad de todas las cosas en Cristo, el sellamiento del Espíritu Santo, la recepción de la herencia eterna y la glorificación (**Efesios 1: 3-14**). En el centro de este plan están el sufrimiento y la muerte de Jesús, que no fueron accidentes de la historia ni productos de una simple decisión humana, sino que tienen su base misma en el propósito redentor de Dios (**Hechos 4: 27, 28**). Jesús era en verdad "el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo" (**Apocalipsis 13: 8**).

En coherencia con la realidad de un plan encontramos las declaraciones de Jesús en cuanto a la razón por la cual vino a este mundo. Jesús vino a cumplir la ley (**Mateo 5: 17**), a llamar a los pecadores (**Mateo 9: 13**), a ser el amigo de los marginados (**Mateo 11: 19**), a buscar y salvar a los perdidos (**Lucas 19: 10**; cf. **1 Timoteo 1: 15**), y a servir a otros y dar su vida como rescate por ellos (**Marcos 10: 45**). Todo lo hace en el nombre de su Padre (**Juan 5: 43**) y de acuerdo con su voluntad (versículo 30). Como Revelador de Dios (**Juan 1: 14, 18; 14: 7-10**), Jesús lleva a las personas a Dios (versículo 6) y a la vida eterna o la salvación que le concede a todo aquel que tiene fe en él (**Juan 3: 15-17...**).

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 313

El plan de nuestra redención no fue una reflexión ulterior, formulada después de la caída de Adán. Fue una revelación "del misterio que por tiempos eternos fue guardado en silencio". Fue una manifestación de los principios que desde edades eternas habían sido el fundamento del trono de Dios. Desde el principio, Dios y Cristo sabían de la apostasía de Satanás y de la caída del hombre seducido por el apóstata. Dios no ordenó que el pecado existiese, sino que previó su existencia, e hizo provisión para hacer frente a la terrible emergencia. Tan grande fue su amor por el mundo, que se comprometió a dar a su Hijo unigénito "para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

Lucifer había dicho: "Sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono, ...seré semejante al Altísimo". Pero Cristo, "existiendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que debía aferrarse; sino que se desprendió de ella, tomando antes la forma de un siervo, siendo hecho en semejanza de los hombres".

Este fue un sacrificio voluntario. Jesús podría haber permanecido al lado del Padre. Podría haber conservado la gloria del cielo, y el homenaje de los ángeles. Pero prefirió devolver el cetro a las manos del Padre, y bajar del trono del universo, a fin de traer luz a los que estaban en tinieblas, y vida a los que perecían.

Hace casi dos mil años, se oyó en el cielo una voz de significado misterioso que, partiendo del trono de Dios, decía: "He aquí yo vengo". "Sacrificio y ofrenda, no los quisiste; empero un cuerpo me has preparado.... He aquí yo vengo (en el rollo del libro está escrito de mí), para hacer, oh Dios, tu voluntad". En estas palabras se anunció el cumplimiento del propósito que había estado oculto desde las edades eternas. Cristo estaba por visitar nuestro mundo, y encarnarse. Él dice: "Un cuerpo me has preparado". Si hubiese aparecido con la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese, no podríamos haber soportado la luz de su presencia. A fin de que pudiésemos contemplarla y no ser destruidos, la manifestación de su gloria fue velada. Su divinidad fue cubierta de humanidad, la gloria invisible tomó forma humana visible.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 13, 14

Este plan permaneció rodeado de un cierto grado de misterio para ser manifestado luego con la llegada del Mesías a Belén. Aunque Dios había ofrecido desde Adán que intervendría para salvar a la



especie caída, recién con el sacrificio de Jesús en la cruz el misterio fue develado para la comprensión de las mentes creadas, caídas y no caídas, pues aún para los seres no caídos del universo, como para los mismos ángeles es un misterio que la eternidad irá desvelando.

Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria,

Colosenses 1: 24-27

Dios no solo anticipó la emergencia del pecado, sino que también preparó una forma de salir de él. La Biblia se refiere a su divino acto como a un "misterio", no en el sentido moderno de algo más allá de la comprensión, sino como algo más allá de la creatividad, comprensión y sensibilidad; pero que ahora ha sido revelado. Deberíamos explorar más cuidadosamente la naturaleza de ese misterio.

...La mente divina concibió el misterio. Ninguna criatura tenía la sabiduría para configurar un plan que pudiera tratar efectivamente el problema del pecado y la maldad. **1 Corintios 2: 7** asocia este misterio con la sabiduría divina y la describe como algo preordenado (griego, proorizo, "predestinar", "decidir de antemano") por Dios. Él no solamente definió la naturaleza del misterio, sino también decidió que debía tener lugar. Ninguno podría ser capaz de desbaratar o frustrar la intención divina para nosotros. Por lo tanto, el misterio divino es una expresión del "puro afecto de su voluntad, según su beneplácito". Lo que Dios determinó hacer no era algo que se le impuso desde el exterior, sino que decidió voluntariamente, dando forma de esa manera al futuro por su voluntad "de acuerdo a su beneplácito". La traducción del término griego eudokia, "beneplácito", se refiere a la buena voluntad de una persona, a su bondadosa disposición. La decisión de Dios era una expresión de su bondad. El misterio divino también tenía ese propósito. No era una decisión irracional, tuvo su origen en la sabiduría divina con una intención específica.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 67

La reacción de los ángeles leales ante el anuncio del plan de salvación no deja de emocionarme. Casi puedo ver los rostros de congoja de los santos mensajeros celestiales y puedo casi sentir la vehemencia con la que se habrían ofrecido a su amado Comandante. Pero la vida de un ángel, ni la de todos ellos juntos, podía pagar la enormidad de la deuda que el pecado había generado. Solamente el sacrificio de Aquél igual a Dios podía pagarla. ¡Inmenso sacrificio por amor!

El único plan que podía asegurar la salvación del hombre afectaba a todo el cielo en su infinito sacrificio. Los ángeles no podían regocijarse mientras Cristo les explicaba el plan de redención, pues veían que la salvación del hombre iba a costar indecible angustia a su amado Jefe.



Llenos de asombro y pesar, le escucharon cuando les dijo que debería bajar de la pureza, paz, gozo, gloria y vida inmortal del cielo, a la degradación de la tierra, para soportar dolor, vergüenza y muerte.

Se interpondría entre el pecador y la pena del pecado, pero pocos le recibirían como el Hijo de Dios. Dejaría su elevada posición de Soberano del cielo para presentarse en la tierra, y humillándose como hombre, conocería por su propia experiencia las tristezas y tentaciones que el hombre habría de sufrir. Todo esto era necesario para que pudiese socorrer a los que iban a ser tentados.

Cuando hubiese terminado su misión como maestro, sería entregado en manos de los impíos y sometido a todo insulto y tormento que Satanás pudiera inspirarles. Sufriría la más cruel de las muertes, levantado en alto entre la tierra y el cielo como un pecador culpable. Pasaría largas horas de tan terrible agonía, que los ángeles se habrían de velar el rostro para no ver semejante escena. Mientras la culpa de la transgresión y la carga de los pecados del mundo pesaran sobre él, tendría que sufrir angustia del alma y hasta su Padre ocultaría de él su rostro.

Los ángeles se postraron de hinojos ante su Soberano y se ofrecieron ellos mismos como sacrificio por el hombre. Pero la vida de un ángel no podía satisfacer la deuda; solamente Aquel que había creado al hombre tenía poder para redimirlo. No obstante, los ángeles iban a tener una parte



que desempeñar en el plan de redención. Cristo iba a ser hecho “un poco... inferior a los ángeles, para que... gustase la muerte”. Cuando adoptara la naturaleza humana, su poder no sería semejante al de los ángeles, y ellos habrían de servirle, fortalecerle y mitigar su profundo sufrimiento. Asimismo, los ángeles habrían de ser espíritus auxiliares, enviados para ayudar a los que fuesen herederos de la salvación. Guardarían a los súbditos de la gracia del poder de los malos ángeles y de las tinieblas que Satanás esparciría constantemente alrededor de ellos.

Cristo aseguró a los ángeles que mediante su muerte iba a rescatar a muchos, destruyendo al que tenía el imperio de la muerte.

Ellen G. White, El Cristo Triunfante, 33

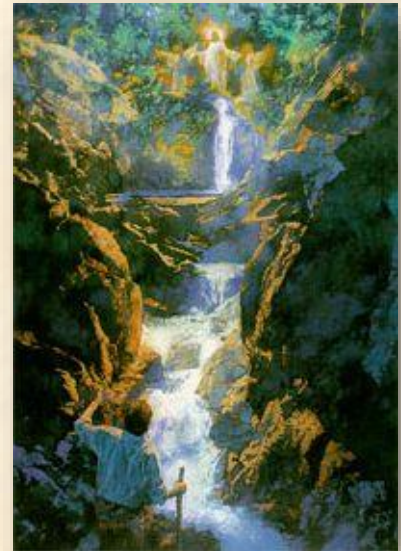
No pueden leerse las palabras inspiradas anteriores sin desarrollar interiormente aún más amor y agradecimiento a Quien lo dio todo por nosotros. Mi gratitud a Dios se basa al menos en dos aspectos: mi absoluta imposibilidad de lograr la salvación por mí mismo (comprensión que de otro modo me llevaría al profundo desaliento) y la gracia (don inmerecido que Dios nos otorga) que se manifiesta de manera palpable en el sacrificio de Jesús, la Majestad de los cielos. No es posible callar frente a tan inmerecida dádiva que el cielo nos otorga, dádiva que usted y yo deberíamos compartir con aquellos que la necesitan: todo el género humano.

Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio,

2 Timoteo 1: 8-10

En la Biblia “gracia” es la benevolencia y la bondad de Dios para los pecadores. Esta idea se basa en el uso de las palabras hebreas chesed y chen en el Antiguo Testamento. Chesed designa al pacto eterno de Dios, su amor y fidelidad, la bondad, y la gracia (cf. **Isaías 54: 10; Jeremías 31: 3**). Su gracia otorga el perdón a los pecadores (**Miqueas 7: 8**) y libera a los que están en necesidad de salvación (**Salmos 6: 5**). A menudo señala la clase de “generosidad espontánea con la que él responde a su pueblo del pacto” (**1 Reyes 8: 23; Isaías 55: 3; Salmos 89: 29, 50; 106: 45**) y que es “un anuncio de la gracia que pareció llevar la salvación a todos los pueblos en Cristo” (**Tito 2: 11**). De hecho, el inagotable amor de Dios llena toda la tierra (**Salmos 33: 5**).

El término hebreo chen designa “gracia” y “favor” y, en general, se refiere “a la disposición positiva que tiene una persona hacia otra”. Más concretamente, la gracia encuentra su expresión en actos de benevolencia “mostrados por los ricos hacia los pobres o, al menos, por una persona con medios hacia uno que tiene poco o ningún medio”. La gracia divina va aún más allá de la expresión humana de la gracia. La gracia de Dios está disponible para los justos (**Génesis 6: 8, 9**) y los arrepentidos (**Isaías 30: 19**), pero también se muestra a los impenitentes (**Nehemías 9: 17, 31**). En el Antiguo Testamento “la gracia de Dios se basa finalmente, no en lo que las personas hacen, sino en su disposición a manifestar misericordia en formas que están más allá de toda fórmula o de cálculos humanos” (**Éxodo 33: 19; 34: 6**).



La palabra griega charis, a menudo traducida como “gracia” en el Nuevo Testamento, fue utilizada en el mundo griego para designar a “una benéfica disposición hacia alguien, favor, gracia, amable atención y ayuda, buena voluntad”. La gente la empleaba comúnmente en el sentido de favor o buena voluntad. Cuando se usa para referirse a “una cualidad de la benevolencia que le concede favor a un inferior”, charis está muy cerca de expresar el contenido o significado que tiene en el Nuevo Testamento. Siempre que Dios o Cristo son el sujeto de la gracia, es decir, siempre que ellos “actúan en gracia hacia la humanidad, es un favor inmerecido”. La gracia es generosidad divina, un favor inmerecido de Dios a los pecadores. No es motivado por la bondad humana, y los seres humanos no tienen derecho a recibirla. Más bien, fluye desde el corazón amoroso de Dios hacia aquellos que son indignos. Él muestra su gloriosa gracia a los que están muertos en sus transgresiones (**Efesios 2: 5**), y los que están “destituidos de la gloria de Dios” (**Romanos 3: 23, 24**). La Gracia toma la iniciativa y sale en busca de los pecadores, y les ofrece lo que ellos no merecen, a saber, la bondad y la aceptación



divina. Esto supone que la gracia es una expresión particular de la naturaleza amorosa de Dios. Es amor divino hacia criaturas rebeldes que no lo merecen. Si bien el pecado no activa la gracia divina, la violación del pacto “ofrece una ocasión para que se manifieste”.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 64, 65

La Gracia vino a este mundo, encarnada en nuestro Señor y Salvador Jesucristo, para otorgar al hombre una dádiva inmerecida, la salvación, imposible de alcanzar por méritos propios, pero sí en base a los méritos de Jesús. Es cierto que cuando Él vino pocos le reconocieron como tal, pero hoy podemos aceptar su regalo perfecto, recibiendo la sabiduría que no proviene del hombre, sino de Dios.

Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.

1 Corintios 2: 6-8

El misterio divino fue un secreto bien guardado dentro de la Deidad. El Nuevo Testamento declara que este misterio estuvo “escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas” (**Efesios 3: 9**; cf. **1 Corintios 2: 7**), o que el misterio “había estado oculto desde los siglos y edades” (**Colosenses 1: 26**). Esos pasajes no solo señalan que este misterio tiene su origen en Dios, sino que allí existieron durante un tiempo cuando era totalmente innecesario para sus criaturas saber de su existencia. De hecho, la razón para usar el término “misterio” es que en la Biblia un misterio es algo guardado en secreto o escondido por un período de tiempo. Eso presupone una comprensión de la historia basada en un plan divino para sus criaturas. Dios ha establecido algunas cosas que, aunque por un tiempo no son claramente reveladas, en un momento particular serán reveladas...

¿Cuál es el contenido de ese misterio? De acuerdo con **Colosenses 2: 2, 3**, es Cristo: “El misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. Mucho antes de que Dios creara alguna cosa, la Deidad configuró este glorioso misterio que consistía en la venida de Dios en carne humana en la historia de pecado y muerte sobre nuestro planeta. **1 Timoteo 3: 16** describe claramente esta realidad: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria”. En otras palabras, el misterio que proporcionó las bases para una vida piadosa es la persona y la obra de Cristo por la raza humana: su encarnación, ministerio, y exaltación. El misterio no es una idea abstracta que estamos sencillamente llamados a captar intelectualmente, sino la misma persona de Dios como apareció en la historia humana y el poder redentor de esa divina epifanía.

Es esa dimensión redentora de Cristo como el misterio de Dios que se destaca en **Efesios 1: 9, 10**, particularmente, cuando el apóstol declara que el misterio se había propuesto “reunir todas las cosas en Cristo, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”. El divino misterio, Cristo, tenía una función cósmica. El pecado había fragmentado el universo, ahora Dios lo está reuniendo, y el lugar donde la reunificación del cosmos se está llevando a cabo es en la persona de Cristo. La reconciliadora efectividad de Cristo como el misterio de Dios, escondido por las edades en Dios, es tan abarcante que Pablo equipara el misterio con el evangelio mismo (**Romanos 16: 25, 26**). Pero para establecer que el misterio es una persona, el apóstol describirá la apropiación del misterio como Cristo morando en la vida del creyente (**Colosenses 1: 27**).

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 67-69

Hemos sido rescatados con la preciosa sangre de Cristo, ofrecida desde la eternidad, pero manifestada junto con el misterio de todos los tiempos en la persona de Jesús, por amor a nosotros, sí, a nosotros, sus enemigos, los que nos hallábamos lejos y hemos sido hechos cercanos por la prístina sangre del Salvador “ya destinado desde antes de la fundación del mundo”. Debemos además comprender que Jesús mantendrá para siempre la naturaleza divino-humana que accedió a poseer para redimirnos.

Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros,

1 Pedro 1: 17-20

El Hijo de Dios llevó nuestra naturaleza humana ante la misma presencia de Dios (**1 Timoteo 2: 5**). A través de toda la eternidad Jesús continuará siendo humano. La unión permanente de lo humano y lo divino en la persona de Cristo significa que sobre la cruz las dos fueron inseparables. Si reconocemos que como resultado de esa unión eterna la naturaleza divina experimentaba lo que



la naturaleza humana sentía, entonces uno podría sugerir que los sufrimientos de Jesús desde el Getsemaní hasta su muerte en la cruz fueron experimentados por las dos naturalezas, tanto la humana como la divina; es decir, por la totalidad de la Persona.

Antes que desarrollemos estas ideas permítaseme clarificar algo muy importante. Cuando tratamos este asunto deberíamos ser cuidadosos para no dar la impresión de que la divinidad de Cristo murió sobre la cruz. Dios es, por definición, inmortal. La expiación no requiere la muerte de Dios sino la muerte de las criaturas rebeldes pecadoras. A través de la rebelión y el pecado ellas perdieron el don de la vida y escogieron la muerte, la muerte eterna. Era la muerte de las criaturas rebeldes, como penalidad por el pecado, la que el Hijo de Dios tomó sobre sí como nuestro sustituto. Sobre la cruz la naturaleza humana pecaminosa fue, por así decirlo, ejecutada; haciendo posible para los creyentes en Cristo morir al pecado y renacer a la semejanza del Hijo de Dios.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 175, 176

6.5. El Plan de la Redención

Aunque para todos está disponible la redención, es posible que algunos de nosotros no podamos alcanzarla por nuestra actitud hacia Dios. Evidentemente en el caso de las personas que no tienen ninguna relación con Dios y viven a espaldas de la realidad espiritual eso es seguro, a menos que cambien. Pero resulta extraño oír decir a Dios que un sumo sacerdote y su familia no podrían ser salvos. Es el caso de Elí, que estuvo a cargo de Samuel en Silo. Elí había cometido el pecado imperdonable y no podía haber sustituto para él, su pecado tristemente permanecerá.

Por tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas.

1 Samuel 3: 14

No tiene que ser así para usted y para mí, si aceptamos a Jesús como nuestro Redentor, que paga con su vida la culpa por nuestros pecados y “nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”. No hay tampoco nada de qué gloriarnos. Por el contrario, deberíamos reconocer nuestra absoluta falta de idoneidad para el cielo, al tiempo que estudiamos el maravilloso plan que Dios ha ejecutado y nos concentramos en conocer con amplitud el “carácter de nuestro querido Redentor e Intercesor” para imitarlo y para enseñar a otros a conocerlo.

Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloríese en el Señor.

1 Corintios 1: 30, 31

El tema de la redención es un tema que los ángeles desean escudriñar; será la ciencia y el canto de los redimidos durante las interminables edades de la eternidad. ¿No es un tema digno de atención y estudio ahora? La infinita misericordia y el amor de Jesús, el sacrificio hecho en nuestro favor, demandan de nosotros la más seria y solemne reflexión. Debemos espaciarnos en el carácter de nuestro querido Redentor e Intercesor. Debemos meditar en la misión de Aquel que vino a salvar a su pueblo de sus pecados.

Ellen G. White, El Camino a Cristo, 89



El plan debía ser ejecutado en el tiempo definido por la Deidad. Cuando llegara el momento establecido, Dios enviaría a su Hijo “nacido de mujer y nacido bajo la ley” para cumplir el plan señalado desde la eternidad. Este tiempo (tal vez debería decir época pues no conocíamos una fecha definida proféticamente) había sido anunciado por el profeta Daniel quien establecía con precisión el tiempo de su vida pública y su muerte en la cruz. Sería el momento de “poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía”.

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley,

Gálatas 4: 4

Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.

Daniel 9: 24

El resultado del plan de salvación en la vida de millones de seres humanos se verá cuando Jesús venga por segunda vez para vindicar su ley, reconocer a su pueblo y llevarlo para morar con Él por la eternidad. El pago del rescate ha sido realizado, quienes lo acepten y hayan sido



sellados por el Espíritu Santo serán reunidos con Él en su venida. Cuando este suceso ocurra, la Santa Ley de Dios será vindicada, la diferencia entre el bien y el mal (y sus consecuencias) será clara para todos los habitantes del universo, incluyendo los seres creados como nosotros (de otros mundos) que nunca cayeron, así como los ángeles que resistieron los engaños del enemigo.

Entonces vendrá el fin. Dios vindicará su ley y librará a su pueblo. Satanás y todos los que se han unido con él en la rebelión serán cortados. El pecado y los pecadores perecerán, raíz y rama, Satanás la raíz, y sus seguidores las ramas. Será cumplida la palabra dirigida al príncipe del mal: "Por cuanto pusiste tu corazón como corazón de Dios, ...te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín cubridor... En espanto serás, y para siempre dejarás de ser". Entonces "no será el malo: y contemplarás sobre su lugar, y no parecerá"; "serán como si no hubieran sido".

Este no es un acto de fuerza arbitraria de parte de Dios. Los que rechazaron su misericordia siegan lo que sembraron. Dios es la fuente de la vida; y cuando uno elige el servicio del pecado, se separa de Dios, y se separa así de la vida. Queda privado "de la vida de Dios". Cristo dice: "Todos los que me aborrecen, aman la muerte". Dios les da la existencia por un tiempo para que desarrollen su carácter y revelen sus principios. Logrado esto, reciben los resultados de su propia elección. Por una vida de rebelión, Satanás y todos los que se unen con él se colocan de tal manera en desarmonía con Dios que la misma presencia de él es para ellos un fuego consumidor. La gloria de Aquel que es amor los destruye.

Al principio de la gran controversia, los ángeles no comprendían esto. Si se hubiese dejado a Satanás y su hueste cosechar el pleno resultado de su pecado, habrían perecido; pero para los seres celestiales no habría sido evidente que ello era el resultado inevitable del pecado. Habría permanecido en su mente una duda en cuanto a la bondad de Dios, como mala semilla para producir su mortífero fruto de pecado y desgracia.

Pero no sucederá así cuando la gran controversia termine. Entonces, habiendo sido completado el plan de la redención, el carácter de Dios quedará revelado a todos los seres creados. Se verá que los preceptos de su ley son perfectos e inmutables. El pecado habrá manifestado entonces su naturaleza; Satanás, su carácter. Entonces el exterminio del pecado vindicará el amor de Dios y rehabilitará su honor delante de un universo compuesto de seres que se deleitarán en hacer su voluntad y en cuyo corazón estará su ley.

Bien podían, pues, los ángeles regocijarse al mirar la cruz del Salvador; porque, aunque no lo comprendiesen entonces todo, sabían que la destrucción del pecado y de Satanás estaba asegurada para siempre, como también la redención del hombre, y el universo quedaba eternamente seguro. Cristo mismo comprendía plenamente los resultados del sacrificio hecho en el Calvario. Los consideraba todos cuando en la cruz exclamó: "consumado es".

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 712, 713

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

Efesios 4: 30

Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que, si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.

2 Corintios 5: 14-19

6.6. El Sustituto dispuesto

Comentaba líneas arriba, que en nuestro mundo no abunda la abnegación, ni mucho menos la disposición al sacrificio, lo digo incluyéndome, y no se consideran siquiera virtudes dignas de imitar. Debo también reconocer que me resultaría una gran lucha personal, aunque seguramente al final lo haría, si debiera sacrificarme por mi esposa, mis hijas o mis nietos, pero no estoy seguro que lo haría por muchas personas más (mi padre y mi madre ya descansan en el Señor).

Pero estoy seguro que me resistiría si alguien me pidiera que lo haga por un extraño, un absoluto desconocido, aunque me dijeran algunas cosas positivas o destacadas, o espectaculares, sobre él. Pero estoy seguro que me negaría totalmente si me dijeran que aquel por el que debo sacrificarme es un malandrín, un asesino múltiple, un violador, un genocida u otro semejante. No habría manera de convencerme (lo digo racionalmente hablando) pues alegraría que esas personas no habrían hecho, en mi



opinión, ningún mérito para merecer mi sacrificio (por poco que este sacrificio tuviera de real valor para ellos mismos). Es por eso que me maravilla lo que ha hecho por nosotros Jesús, morir por sus enemigos, por quienes no le amamos (o no le amábamos antes). Él además “se despojó a sí mismo” de su condición divina para convivir con una raza cuyo contacto le resultaría repulsivo a su pureza, pero a la que amaba tanto que no podía dejarla morir en su pecado, pero además se sometió a la muerte de cruz.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Filipenses 2: 5-8

Tomaron a Jesús, desfalleciente y cubierto de heridas como estaba, y lo azotaron ante la multitud de sus acusadores.

“Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y se la pusieron en la cabeza, y le vistieron un manto de púrpura; y acercándosele, decían: ¡Salve, Rey de los Judíos! Y dábanle de bofetadas” **Juan 19: 2, 3.**

Le escupieron y un malvado asió la caña que había sido puesta en la mano de Jesús a modo de cetro y con ella le pegó en la frente clavándole la corona de espinas en las sienes, de suerte que la sangre le corrió por la cara y la barba.

Satanás inducía a la cruel soldadesca a maltratar al Salvador. Su propósito era provocarle para que se defendiera o, si fuera posible, para que realizara un milagro y libertándose a sí mismo, hiciera fracasar el plan de salvación. Si tan sólo hubiera habido una mancha en su vida humana, una falta de paciencia para soportar la terrible prueba, el Cordero de Dios habría resultado un sacrificio imperfecto y la redención del hombre un fracaso.

Pero el que habría podido mandar las huestes del cielo y en un momento llamar en su ayuda legiones de ángeles, de los cuales uno solo habría bastado para dominar inmediatamente a aquella turba cruel -el que hubiera podido aterrar a sus verdugos con el despliegue de su majestad divina- se sometió con regia serenidad a los insultos y afrentas más viles.

Ellen G. White, Cristo Nuestro Salvador, 122



El punto crucial que debemos notar aquí es que Cristo “se despojó a sí mismo” de sus prerrogativas divinas. Nadie “lo despojó” a él. Fue un acto voluntario. Como resultado, podía asumir de nuevo sus poderes divinos en cualquier momento que decidiera hacerlo. El significado de esto es que, a diferencia de cualquier otro ser humano, Jesús pudo haber usado sus asombrosos poderes como Dios en un instante. Hacerlo, sin embargo, habría supuesto echar abajo el plan de salvación, en el cual Jesús vino a disputar las pretensiones de Satanás de que ninguna persona podía guardar la ley de Dios. Jesús vino como ser humano a vivir en obediencia, incluso hasta la “muerte de cruz” (**Filipenses 2: 8**).

Fue en el hecho que Cristo se “se despojó a sí mismo” donde hallamos el aspecto central y la fuerza de las tentaciones que soportó durante toda su vida y hasta su muerte. Habiéndose humillado “a sí mismo”, llegó a ser, como Taylor señala, “el Desconocido de quien los hombres podían mofarse, el Extranjero sobre quien podían escupir”. Si el enemigo hubiera logrado que Jesús decidiera “asumir de nuevo”, una sola vez, sus poderes “ocultos”, la lucha habría terminado allí mismo. Si Satanás hubiera conseguido que Cristo hiciera uso de su divinidad en un arranque de ira o en su propio beneficio, habría triunfado sobre el Salvador.

La decisión voluntaria de Cristo de despojarse a sí mismo se encuentra en la propia esencia de las tentaciones que sufrió. Él no fue, simplemente, tentado como somos nosotros. Fue tentado más allá del nivel donde los seres humanos comunes nunca podrán serlo, puesto que él tenía realmente el poder de Dios en la punta de sus dedos.

La gran lucha de Cristo fue permanecer despojado. Las poderosas tentaciones de Satanás tuvieron el propósito de hacerlo que asumiera nuevamente su poder divino. Por eso, escribe W. M. Clow, “Cristo pendió de su cruz desde su cuna hasta su tumba”. La suya fue una vida de total



negación y crucifixión de sí mismo. “Cuando usted piensa en que él se despojó a sí mismo para llegar a la tierra -escribió P. T. Forsyth- comprende que su vida entera fue una muerte viviente”. “Fue tan difícil para él -puntualiza Elena G. de White- mantener el nivel de humanidad como es para los hombres elevarse por encima del nivel de su naturaleza depravada, y ser participantes de la naturaleza divina”.

Jesús afrontó durante toda su vida la constante tentación de “volver a asumir” sus poderes divinos. La suya había de ser una vida rendida a la obediencia “hasta la muerte, y muerte de cruz”. Esa muerte y todo lo que viene en su estela, como veremos, fue la parte más difícil de la misión que se le asignó.

George R. Knight, La Cruz de Cristo, La obra de Dios por nosotros, 122, 123

Esta disposición de Jesús a privarse de sus propios derechos y prerrogativas para enfrentar el menosprecio, la burla, el desdén y la violencia gratuita en su contra me maravilla. Un carácter perfecto, capaz de ser un ejemplo para cada uno de sus seguidores. Pero todo esto lo hizo no como el reto de un superhéroe, para atraer la atención de multitudes ávidas de emoción, sino porque era la única manera de redimirnos de nuestra culpa y librarnos de nuestro justo destino: la muerte eterna. En adición, todo esto fue hecho por un amor que no merecemos y que jamás podremos retribuir.

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

Juan 10: 17, 18

Una gran diferencia entre la crucifixión de Cristo y la de los otros es que Cristo no tuvo que permanecer sobre la cruz. Como D. M. Baillie lo dice: “Jesús no murió como una víctima desamparada: Él podría haber escapado”. En su condición de Dios, podría haber asumido de nuevo su poder divino, romper las ligaduras que lo ataban y terminar su terrible experiencia.



El asunto es, sin embargo, que Jesús había elegido morir en la cruz. Su crucifixión fue un acto voluntario de obediencia a la voluntad de Dios. “El buen pastor su vida da por las ovejas”, les había dicho anteriormente a sus oyentes. Y luego añadió: “Yo pongo mi vida... Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo... Este mandamiento recibí de mi Padre” (**Juan 10: 11, 17, 18**). Así que Cristo podría haber descendido de la cruz, pero no quiso hacerlo.

Mientras Jesús pendía de la cruz, el tentador todavía procuraba inducirlo a que volviera a asumir su poder divino; esta vez en la persona de aquellos por quienes estaba muriendo. Los transeúntes “lo injuriaban”, diciendo que él había hecho grandes declaraciones de todo lo que era capaz de hacer. “Si eres el que pretendes ser, lo desafiaron, ¡sálvate a ti mismo y desciende de la cruz!” Los principales sacerdotes y los escribas también entraron en acción, burlándose de él, diciéndose unos a otros: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cristo, rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos”. Todavía andaban en busca de una “señal”. Entre tanto, algunos de los guardias romanos “también se burlaban” (**Marcos 15: 29-32; Lucas 23: 36**).

¿Cómo habría respondido usted ante aquellos tratamientos y aquellos desafíos? Les digo cómo yo habría respondido casi con toda seguridad. Yo hubiera hecho descender fuego del cielo y “los habría asado a fuego lento” para que aquellos ingratos sufrieran un poquito y se dieran cuenta de quién era yo antes de que murieran. Ciertamente lamentarían haber agotado mi paciencia cuando yo estaba tratando tan duramente de hacerles un favor. ¡Les daría exactamente lo que merecían! [No puedo negar que es un pensamiento que también me habría rondado la cabeza...]

Por supuesto, Jesús pudo haber hecho eso. Pudo haber convocado a “más de doce legiones de ángeles” (**Mateo 26: 53**) para que lo rescataran y dejaran toda aquella región arrasada. O podría haber hecho frente a la fuerza con la fuerza, pero el costo habría sido “volver a asumir sus poderes divinos” con el fracaso y la pérdida consiguiente del plan de salvación. Lo que hizo, más bien, fue



orar, diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (**Lucas 23: 34**) En otras palabras, Jesús les dio lo que no merecían: gracia [tampoco nosotros la merecemos].

George R. Knight, La Cruz de Cristo, La obra de Dios por nosotros, 136, 137

El sacrificio de Cristo fue el medio para que la raza culpable, condenada a la muerte por su propio pecado, pudiera ser rescatada a un costo mayor que el valor de todo el universo, la vida del Santo Hijo de Dios, encarnado para salvarnos... y, a pesar de nosotros mismos. El plan trazado de la eternidad fue ofrecido al hombre inmediatamente después de su caída como una promesa grata, pero se consumó con la muerte del Santo en la cruz. Alguna vez, muy pronto, todos los pecados de los redimidos, que fueron cargados sobre los hombros del Redentor serán colocados en definitiva sobre el originador del pecado, cuando el día de la expiación antitípico culmine.

como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

Mateo 20: 28

El reino de la gracia fue instituido inmediatamente después de la caída del hombre, cuando se delineó un plan para la redención de la raza culpable. Este reino existía entonces en el designio y por la promesa de Dios; y mediante la fe los hombres podían hacerse sus súbditos. Sin embargo, no fue establecido en realidad hasta la muerte de Cristo. Aun después de iniciada su misión terrenal, el Salvador, cansado de la obstinación e ingratitud de los hombres, podría haber retrocedido del sacrificio en el Calvario. En el Getsemaní la copa de la aflicción tembló en su mano. Aun entonces hubiera podido enjugar el sudor de sangre de su frente y dejar que la raza culpable pereciese en su iniquidad. Si lo hubiera hecho, no habría habido redención para la humanidad caída. Pero cuando el Salvador hubo entregado su vida y exclamado en su último aliento: “consumado es”, entonces el cumplimiento del plan de la redención quedó asegurado. La promesa de salvación hecha a la pareja culpable en el Edén quedó ratificada. El reino de la gracia, que hasta entonces existiera por la promesa de Dios, quedó establecido.

Ellen G. White, Cristo en su Santuario, 72

En el servicio ritual típico el sumo sacerdote, hecha la expiación por Israel, salía y bendecía a la congregación. Así también Cristo, una vez terminada su obra de mediador, aparecerá “sin relación ya con el pecado” y para salvar (**Hebreos 9: 28, BJ**), para bendecir con vida eterna a su pueblo que lo espera. Así como el sacerdote, al quitar los pecados del Santuario, los confesaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario, así también Cristo colocará todos esos pecados sobre Satanás, el originador e instigador del pecado. El macho cabrío emisario, que cargaba con los pecados de Israel, era enviado “a tierra inhabitada” (**Levítico 16: 22**); así también Satanás, cargado con la culpa de todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios, será confinado durante mil años en la Tierra, entonces desolada y sin habitantes, y finalmente sufrirá la entera penalidad del pecado en el fuego que destruirá a todos los impíos. Así el gran plan de la redención alcanzará su cumplimiento en la extirpación final del pecado y la liberación de todos los que estuvieron dispuestos a renunciar al mal.

Ellen G. White, Cristo en su Santuario, 118

6.7. Una mirada más al concepto teológico

Debo aceptar por fe, en base a la obra del Espíritu Santo en mi vida y en mi mente (permítame la redundancia), que el sacrificio realizado por Jesús hace unos 2.000 años me libra de mis culpas como Dios ha prometido. La misma promesa que fue hecha a Adán, por lo que sacrificó el primer cordero, o que fue ejemplificada en los servicios del santuario terrenal, nos ha sido presentada por la Escritura.

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

Efesios 1: 13, 14

La muerte de Cristo, como lo vio Elena de White, fue una muerte sacrificial, prefigurada en las ofrendas sacrificiales del Antiguo Testamento. Describiendo el significado y las implicancias de la cruz, ella se refirió a categorías tales como sustitución, rescate, expiación, propiciación, reconciliación, todas reminiscentes del vocabulario bíblico: “Sobre Cristo como sustituto y garante de nosotros fue puesta la iniquidad de todos nosotros. Fue contado por transgresor, para que pudiese redimirnos de la condenación de la ley. La culpabilidad de cada descendiente de Adán abrumó su corazón. La ira de Dios contra el pecado, la terrible manifestación de su desagrado por causa de la iniquidad, llenó de consternación el alma de su Hijo” (**Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 701**).

“El Señor de gloria estaba muriendo en rescate por la familia humana” (**ibid. 700**). “Nuestro rescate ha sido pagado por nuestro Salvador” (**Ellen G. White, Mensajes Selectos Tomo I, 364**).



"[Cristo] se rebajó hasta [el nivel de] la naturaleza humana. Lo hizo para que pudieran cumplirse las Escrituras; y el Hijo de Dios se amoldó a ese plan, aunque conocía todos los pasos que había en su humillación, a los cuales debía descender para expiar los pecados de un mundo que, condenado, gemía" (**Comentario Bíblico Adventista, Tomo V, 1,101**). "Cristo llegó a ser la propiciación por los pecados del hombre. Ofreció la perfección de su carácter en lugar de la pecaminosidad del hombre. Tomó sobre sí mismo la maldición de la desobediencia" (**Ellen G. White, Mensajes Selectos Tomo I, 279**). "La Justicia puede perdonar mediante Cristo sin sacrificar una jota de su excelsa santidad... La Justicia se trasladó desde su elevado trono y con todos los ejércitos del cielo se aproximó a la cruz. Allí vio a Uno igual a Dios llevando el castigo de toda injusticia y todo pecado. La Justicia se inclinó con reverencia ante la cruz con perfecta satisfacción, diciendo: Es suficiente" (**Comentario Bíblico Adventista, Tomo VII, 947**).

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 229

Debo estar seguro que como Dios rescató a Israel de Egipto, así Dios nos rescata del pecado y nos redime con el poder de su brazo. La promesa dada a Moisés que Dios redimiría a su pueblo es también para nosotros una figura de la liberación final.

Por tanto, dirás a los hijos de Israel: Yo soy JEHOVÁ; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes; y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de las tareas pesadas de Egipto.

Éxodo 6: 6, 7

Además, Dios a través de los ritos del santuario, mientras que Israel estaba en el desierto, le enseñaba los conceptos básicos de la redención. Redimir tiene un costo. Si algo no se redimía su destino temprano era la muerte. La lección de la redención de los primogénitos (hombres y animales) ilustra algunos de los conceptos relacionados con la redención.

El Nuevo Testamento interpreta la muerte de Cristo como un acto de redención. El concepto de redención lo encontramos en todas las Escrituras, desde **Mateo (20: 28)** hasta **Apocalipsis (5: 9)**. Era un concepto usado ampliamente en el mercado durante el período del Nuevo Testamento. La terminología designaba la redención de prisioneros de guerra y de esclavos a través de un rescate. El uso que se hace del concepto en el Nuevo Testamento está influido primariamente por el significado de la redención en el Antiguo Testamento.

El trasfondo del Antiguo Testamento. En Israel era posible redimir personas, animales y propiedades. Nos interesan particularmente aquellos casos que asocian a Dios directamente con la redención. La legislación relacionada con la redención del primogénito de los animales y de los seres humanos también es útil. Dicha legislación se basaba en el hecho de que, durante la décima plaga de Egipto, Dios preservó la vida de todos los primogénitos de los israelitas. Los israelitas debían sacrificar el primogénito de los animales limpios, pero en el caso de los animales inmundos era necesaria la redención. Por ejemplo, el primogénito de un asno, que es un animal inmundo, podía ser redimido dándole al Señor un cordero. Si el animal inmundo no era redimido, se le daba muerte quebrándole el cuello (**Éxodo 13: 13**). En este caso la redención consistía en una liberación legal de lo que pertenecía al Señor, el primogénito de un asno, a través de un sustituto, un cordero, para que así pudiera ser utilizado por el nuevo dueño. No era un acto de compra venta porque el asno originalmente perteneció al Señor. Los israelitas podían conservar los animales inmundos a través de un sustituto redentor o a través del pago de un rescate (**Números 18: 14-16**). El primogénito de los seres humanos también tenía que ser redimido porque Dios no aceptaba sacrificios humanos. La redención ocurría a través del pago de una cantidad específica de dinero, el precio de la redención (**Números 18: 15, 16; cf. Éxodo 13: 13, 15**). El Señor aceptaba el dinero en lugar de la vida del primogénito. La idea de la redención está asociada en aquellos contextos legales con la sustitución, una redención pagada (un rescate) y con la liberación.

En el Antiguo Testamento Dios es, en última instancia, el Redentor. Él llegó a ser el pariente cercano de Israel y actuaba en su favor para redimirla de sus opresores. Él Señor trajo a la existencia a Israel, la nación, al redimirla de Egipto (**Éxodo 6: 6; 15: 13; Deuteronomio 9: 26; Salmos 106: 10**). Aquí la idea de liberación predomina sin ninguna referencia a algún pago. Lo mismo se aplica a muchos casos en los cuales Dios redime los individuos de una multitud de dificultades y situaciones amenazantes de la vida (**Salmos 31: 4, 5; 26: 11; Jeremías 15: 21**), y a la futura redención





escatológica (**Isaías 1: 27, 28; Miqueas 4: 10; Oseas 7: 13; 13: 14; Jeremías 50: 34**). A través de todo el Antiguo Testamento la redención designa fundamentalmente la liberación, un cambio de dueño que a menudo es el resultado del pago de un rescate.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 143-145

Todo lo que abre matriz, de toda carne que ofrecerán a Jehová, así de hombres como de animales, será tuyo; pero harás que se redima el primogénito del hombre; también harás redimir el primogénito de animal inundo. De un mes harás efectuar el rescate de ellos, conforme a tu estimación, por el precio de cinco siclos, conforme al siclo del santuario, que es de veinte geras. Mas el primogénito de vaca, el primogénito de oveja y el primogénito de cabra, no redimirás; santificados son; la sangre de ellos rociarás sobre el altar, y quemarás la grosura de ellos, ofrenda encendida en olor grato a Jehová.

Números 18: 15-17

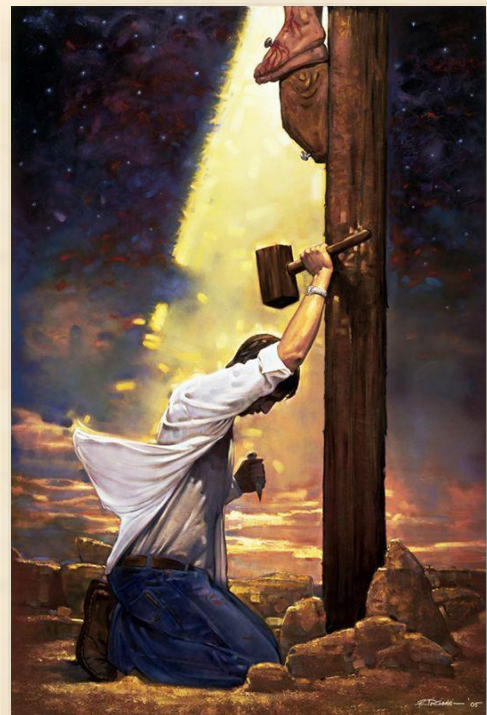
El salmista tiene claro que la redención es un asunto divino, potestativo de Dios, y que sin su intervención solamente se espera la muerte y la corrupción posterior, sin esperanza. Redimir implica pagar un precio que haga la redención viable. El precio pagado por quitar mi pecado y el tuyo, para que no muramos eternamente, fue la vida del Hijo de Dios. No hay compensación posible que el hombre pueda pagar, ni mis acciones pías borran las malas, la muerte sería mi destino final a menos que sea redimido por mi Dios.

Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás), para que viva en adelante para siempre, y nunca vea corrupción. Pues verá que aun los sabios mueren; que perecen del mismo modo que el insensato y el necio, y dejan a otros sus riquezas.

Salmos 49: 6-10

El concepto de redención alcanza nuevas alturas de significado cuando se pone en el contexto del pecado humano. En ese caso la Escritura exhorta a Israel a poner su esperanza en el Señor, sabiendo que con él hay "abundante redención", es decir, que "él redimirá a Israel de todos sus pecados" (**Salmos 130: 7, 8**). El salmista no nos dice cómo realizará el Señor esa redención omniabarcante. Es solamente a través del sistema de sacrificios que obtenemos algunas percepciones sobre el tema. Ya hemos señalado que la vida del pecador arrepentido era preservada al costo de una víctima sacrificial (**Levítico 17: 11**; hebreo: kofer, "rescate"). La vida de la víctima sacrificada funcionaba como rescate sustituto por la persona. El Antiguo Testamento reconoce que la redención de la vida humana está más allá de lo que los seres humanos podían realizar. El salmista confiesa que "ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás)" (**Salmos 49: 7, 8**). Solamente Dios puede llevar a cabo una redención tal: "Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo" (versículo **15**). Estamos cerca de las ideas que se encuentran en **Isaías 53**.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 145



Mas el hombre no permanecerá en honra; es semejante a las bestias que perecen. Este su camino es locura; con todo, sus descendientes se complacen en el dicho de ellos. Selah. Como a rebaños que son conducidos al Seol, la muerte los pastoreará, y los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana; se consumirá su buen parecer, y el Seol será su morada. Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo. Selah. No temas cuando se enriquece alguno, cuando aumenta la gloria de su casa;

Salmos 49: 12-16

No estamos sin esperanza frente a la carga de nuestros pecados. El poderoso brazo de Dios no se ha acortado para salvar. El sacrificio ha sido realizado, el cielo ha cumplido con su promesa, pero yo debo



aceptarla, con todo lo que ello implica. Tengo a mi alcance las promesas de Dios para no desfallecer frente al peso abrumador de mis pecados. Él no dejará que mi confianza en su redención sea inútil. Nuestros enemigos no podrán arrebatarlos de su mano poderosa.

En cuanto a mí, a Dios clamaré; y Jehová me salvará. Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz. El redimirá en paz mi alma de la guerra contra mí, aunque contra mí haya muchos. Dios oirá, y los quebrantará luego, el que permanece desde la antigüedad; por cuanto no cambian, ni temen a Dios. Selah

Salmos 55: 16-19

De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista.

Oseas 13: 14

Matará al malo la maldad, y los que aborrecen al justo serán condenados. Jehová redime el alma de sus siervos, y no serán condenados cuantos en él confían.

Salmos 34: 21, 22

6.8. El alto precio

Hemos hecho ya referencia al alto precio que la Deidad debía asumir para redimir a nuestra raza culpable. El pago realizado, la vida del Santo Hijo de Dios, parece absolutamente inconmensurable si lo comparamos con el escaso valor de lo adquirido. La Divinidad podría haber destruido al hombre (y a los ángeles malos) y borrar siquiera su memoria del universo luego de la caída, crear nuevos seres que fueran fieles en su relación con el Creador, pero decidió darlo todo por nada.

Decidió salvar y pagar el precio que esto implicaba. Pero el valor de lo entregado tiene otras dimensiones que deben ser escudriñadas. Dividiremos este análisis en este y el siguiente acápite. En este acápite trataremos el concepto de la muerte redentora (sustitución), incluyendo el concepto de propiciación, así como el sufrimiento (pathema), dolor físico y espiritual que el sacrificio demandó del Santo.

Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.

2 Corintios 8: 9

Los cuatro Evangelios dicen que la muerte de Cristo, y no su vida, ni siquiera sus enseñanzas, constituyen su punto principal. Los Evangelios son "biografías anormales" en el sentido en que dan una cantidad desproporcionada de espacio a la historia de los últimos días de Cristo en la tierra, su muerte y su resurrección. La mayoría de las biografías de los grandes personajes son totalmente diferentes. Una biografía "normal" debería tener varios centenares de páginas sobre la vida y las contribuciones de su personaje, y solamente unas diez páginas sobre su muerte. Es así porque una biografía, en primer lugar, está interesada en la vida del personaje. Es posible que los Evangelios sean singulares en la historia de la literatura universal en este aspecto. Su tema central es la muerte de su héroe, y Juan, incluso, le dedica la mitad de su libro a ese tema. Más sorprendente aún es el hecho de que Jesús no tuvo una muerte heroica [entiendo que el autor asume esto desde la perspectiva de un observador del tiempo de Jesús, pues Jesús es mi héroe, y seguramente también el suyo, y sin duda también del autor del libro aquí citado].

George R. Knight, La Cruz de Cristo, La obra de Dios por nosotros, 72

Cristo fué tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fué condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. El sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya. "Por su llaga fuimos nosotros curados". Por su vida y su muerte, Cristo logró aún más que restaurar lo que el pecado había arruinado.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 16, 17

Contrariamente a lo que Dios espera de nosotros, luego de haber cumplido su parte del plan de salvación, es que aceptemos la dádiva divina y seamos "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús", algunos intentan ganar la aceptación divina mediante obras de misericordia y sacrificios que Dios no puede aceptar como compensación, pues ha provisto el único medio.

Por favor, no considere este un argumento para menospreciar la ley, ni considerar que no tiene valor alguno; pero una cosa es segura, no puede pagar el precio de mi pecado, pero sí me indica mi condición de pecador pues me muestra que he violado la Ley, que es un reflejo del carácter de Dios.

Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él.



Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,

Romanos 3: 21-24

La visión distorsionada de Dios [se entiende de los hombres hacia Dios], llevó a los seres humanos a convertirse en esclavos de la ley. El legalismo es el resultado de la arraigada convicción de que Dios es, en efecto, un enemigo que tiene que ser aplacado y que podemos hacerlo haciéndonos dignos de su amor. El pecado también ha afectado el propósito divino de la ley. De hecho, el enemigo del Señor ha estado en constante oposición a la ley de Dios, incluso haciendo mal uso de ella para estimular la caída naturaleza humana a la rebelión a través de la desobediencia a los mandamientos (**Romanos 7: 8**). Fué a través de la oposición a la santa Ley de Dios que manifestó su oposición al orden establecido por Dios y rechazó su sistema de gobierno. Los seres humanos pecadores consideran la ley como una amenaza. Pablo dice que la ley, a través de la obra del Espíritu en el corazón humano, nos hace conscientes de que somos pecadores (**3: 20; 7: 7**), pero es totalmente incapaz de darnos vida (**Gálatas 3: 21**). Este uso de la ley agrava la difícil situación humana en la que, si bien, por un lado, los seres humanos han buscado la aceptación ante el Señor a través de la sumisión a la ley, por otra parte, la ley los condena ante el Señor (cf. **Romanos 4: 15**). Como resultado, se encuentran en una situación en que les es imposible encontrar una forma de salir de su difícil situación a través de sus propios esfuerzos y, sin embargo, están constantemente tratando de hacerlo por sí mismos. Esta es una esclavitud sin sentido, autodestructiva que nos hemos impuesto a nosotros mismos. Pero la Escritura declara: "Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él [Dios]; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (**Romanos 3: 20**). Sólo la obra redentora de Cristo restaura la ley a su lugar legítimo en la experiencia cristiana y nos libra de la condenación (**Romanos 3: 31; 8: 1-4; Gálatas 3: 13**).

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 57, 58

He mencionado muchas veces en diferentes oportunidades que el sacrificio de Cristo no es equivalente a los también cruentos sacrificios que los paganos realizaban (a veces con sacrificios humanos) para apaciguar a dioses temibles y sedientos de sangre. No hay tal cosa en el sacrificio de Cristo. Pero la justicia de Dios (uno de los más importantes rasgos del carácter perfecto de Dios) debía ser conciliada con la misericordia. El perdón otorgado sin compensación desvalorizaría el pecado y lo haría hasta aceptable, pues si bastara el perdón para que el pecado desapareciera este dejaría de ser pecado. La enormidad del pecado es tal que se requirió este alto precio para compensarlo.

a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,

Romanos 3: 25

La muerte de Cristo tiene también una dimensión expiatoria y, en el sentido bíblico, una dimensión propiciatoria. Este aspecto de la muerte de Cristo está expresado por el grupo de palabras hiláskomai, que aparece en una de las secciones más cruciales de la carta de Pablo a los romanos: "Por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó. Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación [hilastérion] que se recibe por la fe en su sangre" (**Romanos 3: 24, 25 NVI**). Si bien los derivados del grupo de palabras hiláskomai han sido tradicionalmente traducidos "propiciación", "propiciar", muchos teólogos modernos los han traducido "expiación" o "expiar". Expiar significa poner fin a, cancelar la culpa en que se incurrió, pagar la pena por un crimen. Propiciar, por otra parte, significa aplacar, conciliar, ganar o recuperar el favor de alguien. Se refiere a desviar la ira, generalmente por el ofrecimiento de un regalo. No hay duda de que éste era el uso predominante en el griego clásico y helenístico.

La erudición moderna ha reaccionado contra el punto de vista tradicional de que la muerte de Cristo apaciguó de la ira de Dios contra el pecado, por virtud del cual el pecador llega a ser el recipiente del don benevolente de la gracia de Dios. Ha mostrado que, en la mayoría de los casos, cuando se usan derivados del grupo de palabras hiláskomai como términos religiosos en la Septuaginta, que muchos consideran que proporciona el trasfondo del pensamiento de Pablo, no deben entenderse que transmiten el mismo significado que se encuentra en fuentes seculares.





Estas palabras no denotan “propiciación”, “apaciguamiento”, como en el uso pagano, sino más bien la remoción de la culpa o la contaminación. Por tanto, uno no debe pensar de Dios como una deidad caprichosa o vengativa, cuya ira ha sido aplacada o apaciguada por el sacrificio de Cristo, quien de ese modo hizo que Dios cambiara de actitud hacia los pecadores.

Éstas son conclusiones importantes, el resultado de un estudio valioso. Con todo, quizá con el debido respeto debiéramos preguntar si se ha dicho la última palabra. Hay poca duda de que el punto de vista pagano de la ira y la propiciación está ausente de la perspectiva bíblica de Dios. El Dios de la Biblia no es un ser que puede ser apaciguado o aplacado a la manera de las antiguas deidades paganas. En el contexto del conjunto de palabras hiláskomai, la muerte de Cristo es una expiación por nuestros pecados, una remoción de la culpa y la contaminación del pecado. Sin embargo, decir que toda idea de ira y propiciación es ajena [a la Escritura] parece ignorar el pensamiento de varias declaraciones escriturísticas.

El célebre pasaje de **Romanos 3: 21-26**, por ejemplo, en el cual el apóstol expone en forma imponente la redención que Dios ha provisto en Jesucristo es, en verdad, la culminación de un proceso de razonamiento que comenzó con el pronunciamiento de la ira de Dios contra el pecado: “**Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres**” (**Romanos 1: 18**), y el cual, en pasos sucesivos se refiere a la ira y el juicio de Dios (**Romanos 2: 2, 4, 5, 8, 16; 3: 46**). Pablo explica que la redención del pecador se obtuvo a través de la muerte de Cristo, a quien “**Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre**” (versículo **25 NVI**).

Parece difícil negar que en el contexto de los primeros tres capítulos de Romanos la expiación de Cristo contiene un elemento de propiciación. La ira y el juicio han ocupado un lugar demasiado importante en esta porción de razonamiento como para no inducir al lector a buscar alguna expresión indicativa de su cancelación en el proceso que trae salvación al creyente. Cristo es quien expía y propicia, el medio que se menciona en la siguiente frase: “**en su sangre**” (versículo **25**). Quienes son de la fe (versículo **25 pp**) han visto removida su culpa y puesta a un lado la ira de Dios. Cristo las ha tomado voluntariamente sobre sí: “**Al que no conoció pecado, [Dios] por nosotros lo hizo pecado**” (**2 Corintios 5: 21**), y por nuestra culpa lo abandonó cuando murió en la cruz. En Cristo Jesús Dios actuó de tal modo con el pecado que éste ya no es una barrera entre él y los seres humanos.

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 202, 203

La muerte de Jesús es un sacrificio propiciatorio con el objetivo de restablecer la relación perdida entre la criatura pecadora y Dios. Era necesario retirar la culpa y el pecado de la criatura para que esta pudiera estar en paz con su Creador, para esto Alguien debía asumir la responsabilidad del pecado y morir por esa culpa para que yo pudiera ser librado de ella.

con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.

Colosenses 1: 12-14

En el centro del plan divino de la salvación de la raza humana está la cruz de Cristo. Era el medio de la redención, de la reconciliación, del perdón, de la expiación/propiciación, de la justificación, etc. La Escritura utiliza todas esas imágenes para enfatizar la riqueza del sacrificio de Cristo y cómo resolvió el problema del pecado en todas sus manifestaciones y ramificaciones. Sobre la cruz Dios estaba, ciertamente, llevando sobre sí la penalidad de todas las transgresiones de la raza humana, es decir, estaba asumiendo personalmente toda la responsabilidad por el pecado. Siendo que Dios no era, de hecho, responsable por el pecado, la cruz llegó a ser una gloriosa revelación de su amor sacrificial.

Cristo experimentó sobre la cruz la penalidad por nuestro pecado, a saber, la eterna separación de Dios. Llegó a ser humano para tomar nuestro lugar y recibir lo que era justificable y legalmente nuestro; para que nosotros recibiéramos de él lo que era justificable y legalmente suyo. Pero es en este punto que el misterio de la expiación surge en toda su profundidad, poniendo límites a nuestra comprensión. Hemos sugerido que, a causa de la unión permanente de la divinidad y la humanidad en el Hijo de Dios, la separación de la naturaleza humana del Padre fue al mismo tiempo la separación del Hijo del Padre. No podría ser de otra manera. El Hijo experimentó total y singularmente ese abismo y con ellos vino una indescriptible separación dentro de la Deidad. Dios sufrió como solo Dios podía sufrir. Experimentó la penalidad humana por el pecado en sí mismo. Consecuentemente, la expiación está firmemente fundada, no en el sufrimiento humano, sino en el pathema/sufrimiento divino.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 229

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de



machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.

Hebreos 9: 11, 12

La muerte de Cristo, explican los escritores del Nuevo Testamento, es un sacrificio por el pecado. Juan el Bautista, al comienzo del ministerio de Jesús, lo vio en el papel de un sacrificio: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (**Juan 1: 29**). Y en forma más específica, Pablo vio la muerte de Cristo como sacrificial: “Cristo, nuestro Cordero pascual, ya ha sido sacrificado” (**1 Corintios 5: 7 NVI**). Él no murió porque fue incapaz de resistir a los enemigos que conspiraron para destruirlo. “Él fue entregado a la muerte por nuestros pecados” (**Romanos 4: 25 NVI**); vino a morir por nuestros pecados, una “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (**Efesios 5: 2**). Su sangre fue “derramada para remisión de los pecados” (**Mateo 26: 28**). **Hebreos**, comparando de nuevo la obra de Cristo con los servicios del Santuario del Antiguo Testamento, lo describe como el Sumo Sacerdote que entró en el Santuario celestial para ofrecer un sacrificio, “no ...con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre, logrando así un rescate eterno” (**Hebreos 9: 12 NVI**).

Las frecuentes referencias a la sangre de Cristo son igualmente sugestivas de una muerte sacrificial. Pablo, que habla de la sangre de Cristo casi tan a menudo como se refiere a su muerte, escribe que “hemos sido justificados por su sangre” (**Romanos 5: 9 NVI**); que hay “expiación que se recibe por la fe en su sangre” (**Romanos 3: 25 NVI**); que en él “tenemos redención por su sangre” (**Efesios 1: 7**); que hemos “sido hechos cercanos [a Dios] por la sangre de Cristo” (**Efesios 2: 13**); que Cristo ha reconciliado todas las cosas consigo “haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (**Colosenses 1: 20**).

Estas declaraciones, como también las propias referencias de Jesús a su sangre como la “sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada” (**Marcos 14: 24**), o la de Pedro a “la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (**1 Pedro 1: 19**), nos recuerdan que la sangre significa vida violentamente arrebatada; en este caso, ofrecida en sacrificio. Algunos han disputado este punto de vista en base a que en algunos pasajes del Antiguo Testamento (más particularmente **Génesis 9: 46**; **Deuteronomio 12: 23**) el derramamiento de sangre es sólo simbólico de la vida entregada por Jesús y no implica que su vida debe ser dada como sacrificio. La evidencia, sin embargo, no parece respaldar esta interpretación. Hay poca duda de que estas declaraciones bíblicas establecen que la sangre estaba identificada con la vida.

¿Pero qué significado específico tiene esto en conexión con el sacrificio? En **Levítico 17: 11**, la declaración citada más a menudo, Dios dice que “yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona”. Para que la sangre fuese colocada sobre el altar se requería la muerte, entendida como la entrega de la vida. Además, la Epístola a los Hebreos, en sus comentarios sobre los rituales de sacrificio en el Antiguo Testamento, vincula “la sangre de Cristo” con la cláusula de que murió para la “redención de las transgresiones” (**Hebreos 9: 14, 15 Cl**), recalcando así que la sangre en un sentido sacrificial significa más que vida, aunque lo último está claramente incluido. El concepto de sangre impresiona como más significativo que el de muerte. Atrae la atención a la vida como también a la muerte.

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 200, 201

La aceptación del sacrificio de Cristo no es un asunto meramente lógico, intelectual o racional, sino implica un cambio en la vida. No es lógico que si Dios me rescata de la esclavitud del pecado siga viviendo como si siguiera siendo un esclavo. Tampoco si Dios me redime de la culpa de mis pecados no es para que continúe ampliando la deuda que Dios ha asumido.

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

Tito 2: 11-14

Aunque el concepto del dolor redentor (a lo largo de los tiempos muchos han supuesto que debían someterse a privaciones y sufrimientos para alcanzar el favor divino) tiene una lógica no compatible con el cristianismo, no debemos ignorar el valor que el dolor experimentado por Jesús durante el proceso redentor posee. Hemos mencionado algo sobre el pathema del Redentor, pero intentaremos ampliar un poco más apoyado por citas de algunos de nuestros mejores teólogos. Algunos han supuesto que Cristo realmente no padeció y solamente aparentó. Este pensamiento abominable existente en alguna teología cristiana es inaceptable, bíblicamente hablando.

El testimonio de la Escritura es claro y consistente, Cristo sufrió en forma y magnitud nunca experimentadas o que se experimentarán por ser humano alguno. Los cristianos sufren por su fe



(**Romanos 8: 18; 1 Pedro 2: 19, 20; 3: 14**), pero encuentran en el sufrimiento de Cristo y en la forma como él lo sobrellevó, un ejemplo para imitar (**1 Pedro 2: 21; 4: 1**; cf. **2 Corintios 1: 5, 6**). La vida de Cristo en un mundo de pecado fue de constantes sufrimientos mientras observaba y experimentaba los efectos del pecado y del mal sobre los seres humanos y sobre la naturaleza. También sufrió bajo la presión de las tentaciones que el enemigo puso sobre él (**Hebreos 2: 18**) y como resultado de su sumisión a la voluntad de su Padre (**5: 8**).

Cuando el encuentro entre Cristo y las fuerzas del mal estaba aproximándose a su clímax, Jesús sabía que era necesario "ir a Jerusalén y padecer mucho... y ser muerto" (**Mateo 16: 21**). El sufrimiento que culminó con su muerte también incluía ser tratado con desprecio, es decir, iba para ser tratado como nada (**Marcos 9: 12**; griego: exoudeneo, "tratado con desprecio/burla"), y "rechazado" (**Marcos 8: 31**; griego: apodoquimatso). Este último verbo implica que iba a ser escudriñado por los líderes judíos e iba a ser declarado inútil, completamente indigno. Iba a ser menospreciado por los seres humanos (**Isaías 53: 3**). Sus sufrimientos habían sido predichos por los profetas de Israel (**1 Pedro 1: 11**). **Hebreos 2: 9** resume la singularidad del sufrimiento de Cristo: "Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento [pathema] de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos". El pasaje comienza con una referencia al momento de la encarnación y a la glorificación del Hijo después de su ascensión. Su exaltación estaba anclada en su sufrimiento hasta el punto de la muerte. Pero lo que hizo único ese sufrimiento mortal fue lo que él experimentó por "cada uno". La magnitud del sufrimiento fue incomprensible.

El pathema/sufrimiento de Cristo está particularmente asociado en el Nuevo Testamento con su muerte sacrificial (**Hebreos 9: 26; 13: 12**). Pedro establece que "él padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevamos a Dios" (**1 Pedro 3: 18**). La frase en griego peri hamartion, traducida "por los pecados", se usa a menudo en la versión en griego del Antiguo Testamento para referirse a la ofrenda por el pecado. Si Pedro tenía eso en mente, estaba diciendo que Cristo sufrió por causa de nuestros pecados como una víctima sacrificial expiatoria. Esto ocurrió en el momento de su muerte sobre la cruz, cuando su sufrimiento alcanzó inimaginables dimensiones. La misión de Cristo era venir a sufrir y morir por los pecadores e hizo eso vicariamente: "el justo por los injustos". **2 Pedro** declara específicamente que Cristo sufrió en la carne, es decir, como ser humano (**1 Pedro 4: 1**). La encarnación, el sufrimiento y la muerte de Cristo eran inseparables de su misión. Necesitamos explorar la naturaleza de ese sufrimiento.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 163-165

Aunque debo reiterar que la muerte de Cristo, y no su sufrimiento, es el que logra la expiación de nuestros pecados, es importante comprender la contribución del sufrimiento al costo que Jesús estuvo dispuesto a pagar. No solamente el sufrimiento físico, sino también aquél que parece menos material pero que muchas veces es más difícil de soportar... sin queja y sin liberarse de él.

Poco antes de su pasión, Jesús dijo: "Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. ¡Padre, glorifica tu nombre!" (**Juan 12: 27, 28**). La anticipación de su muerte en la cruz perturbó terriblemente el ser interior de Jesús. Sentía un disgusto natural hacia la muerte. El verbo tarasso, traducido "estar angustiado", se refiere al trastorno interior, a la agitación mental y espiritual, incluso confusión, en anticipación a la aproximación de un evento extraordinario. En el caso de Jesús el elemento de confusión no estaba presente porque ya había hecho su decisión. Él aceptó voluntariamente su destino en cumplimiento del plan divino para la salvación de la humanidad. La experiencia que él anticipaba era la cruz interpretada en forma única.

Mientras Jesús se aproximaba al huerto de Getsemaní su estado emocional cambió radicalmente, de uno de paz y descanso a uno de profunda agitación emocional. Una alteración emocional interna de tal naturaleza lo sobrecogió, que amenazó seriamente su misma vida. Jesús dijo a tres de sus discípulos: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte" (**Marcos 14: 34**). Perilupos se refiere a un estado de profunda tristeza y sufrimiento y sugiere una lucha interna (cf. **Marcos. 6: 26; Lucas. 18: 23**). En el caso de Jesús, esta condición interna era tan dolorosa que consideró estar en el umbral de la muerte. Esta condición se describió más adelante como estar "profundamente afligido [ekthambeo] y angustiado [ademoneo]" (**Marcos 14: 33**). El verbo ekthambeo describe un estado o condición caracterizado por intensa excitación emocional causada por algo inesperado, o desconcertante. En el caso de Jesús, la excitación era de una naturaleza negativa y probablemente designada como un estado de alarma o asombro causado por su incapacidad para entender la naturaleza de la experiencia por la que estaba pasando. Estaba profundamente "angustiado". El verbo ademoneo añade, de una manera más explícita, la idea de ansiedad -"estar ansioso", "estar afligido" o "angustiado".

En el Getsemaní, el mismo ser de Jesús estaba pasando por una fuerte, destructora y amenazante tormenta emocional que ya había dejado agotado su cuerpo. Se sentía como si estuviera a punto de morir, de rendir su vida por indignos pecadores como tú y yo. Lucas dice que



él "estaba en agonía" (**Lucas 22: 44**). El término griego que se traduce como "en agonía" (agonias) se refiere en general a "aprensión mental, especialmente cuando se enfrenta con enfermedades inminentes, aflicción, angustia". También expresa varias ideas importantes difíciles de combinar en una sola palabra castellana. Significa "ansiedad" o "miedo" pero es la ansiedad que precede y que acompaña a un conflicto o lucha y que se propone ser victorioso. Tal como lo usa **Lucas** sugiere



que Jesús estaba pasando por una fiera lucha y que estaba afrontándola con ansias de salir victorioso. El nivel de la ansiedad y la lucha fue tan intenso que su vida comenzó a escaparse como lo muestran las gotas de sudor como sangre, la tangible expresión de vida, que caían al suelo. Si no hubiera sido por un ángel de Dios que vino a fortalecerlo, probablemente habría muerto en Getsemaní (**Lucas 22: 43**).

En esa angustiosa condición Jesús oró. Aunque no sería correcto limitar la descripción de la experiencia de oración de Jesús registrada en **Hebreos 5: 7** a la del Getsemaní, se aplica en forma particular a ese momento de su vida. Allí declara: "En los días de su carne ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído por causa de su temor reverente".

La terminología utilizada indica la intensidad emocional y espiritual de las oraciones y la dimensión del sufrimiento por el que estaba pasando el Señor. Oraba por la liberación de la muerte, un detalle significativo en el caso del Getsemaní. También dice que "fue escuchado". La respuesta a la oración vino el domingo de mañana como resultado de su "reverente sumisión" al Padre. Aquí, de nuevo, la relación con el Getsemaní es clara.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 165-167

Jesús había estado conversando fervientemente con sus discípulos e instruyéndolos; pero al acercarse a Getsemaní se fué sumiendo en un extraño silencio. Con frecuencia, había visitado este lugar para meditar y orar; pero nunca con un corazón tan lleno de tristeza como esta noche de su última agonía. Toda su vida en la tierra, había andado en la presencia de Dios. Mientras se hallaba en conflicto con hombres animados por el mismo espíritu de Satanás, pudo decir: "El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre; porque yo, lo que a él agrada, hago siempre". Pero ahora le parecía estar excluido de la luz de la presencia sostenedora de Dios. Ahora se contaba con los transgresores. Debía llevar la culpabilidad de la humanidad caída. Sobre el que no conoció pecado, debía ponerse la iniquidad de todos nosotros. Tan terrible le parece el pecado, tan grande el peso de la culpabilidad que debe llevar, que está tentado a temer que quedará privado para siempre del amor de su Padre. Sintiendo cuán terrible es la ira de Dios contra la transgresión, exclama: "Mi alma está muy triste hasta la muerte".

Al acercarse al huerto, los discípulos notaron el cambio de ánimo en su Maestro. Nunca antes le habían visto tan completamente triste y callado. Mientras avanzaba, esta extraña tristeza se iba ahondando; pero no se atrevían a interrogarle acerca de la causa. Su cuerpo se tambaleaba como si estuviese por caer. Al llegar al huerto, los discípulos buscaron ansiosamente el lugar donde solía retraerse, para que su Maestro pudiese descansar. Cada paso le costaba un penoso esfuerzo. Dejaba oír gemidos como si le agobiase una terrible carga. Dos veces le sostuvieron sus compañeros, pues sin ellos habría caído al suelo.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 636, 637

Analicemos algo más sobre este asunto (siempre con el auxilio de estas notables citas) extendiéndonos hacia lo ocurrido en los momentos culminantes de la cruz, donde el destino del universo estaba en juego. La Sierva del Señor destaca que el sufrimiento físico fue sobrepujado largamente por su agonía mental por la separación con Dios.

El hecho de que Jesús fue entregado al poder de las tinieblas sugiere que soportó el abandono de Dios. La experiencia fue una expresión de la ira divina y consecuentemente su sufrimiento fue intenso e insoportable más allá de lo imaginable. En ese contexto, debiéramos tomar seriamente el clamor de Jesús: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (**Marcos 15:**



34; cf. **Mateo 27: 46**). Marcos introduce el grito, "Jesús clamó a gran voz", en la narración después de la declaración: "Hubo tinieblas sobre toda la tierra" (**Marcos 15: 33**). Los escritores de los Evangelios no dan una interpretación explícita de la oscuridad o del grito. Las Escrituras mismas se convierten en el contexto para comprenderlas. La oscuridad es, primariamente, un símbolo de juicio divino (**Isaías 13: 9-16**; **Amós 5: 18-20**; **Jeremías 13: 16**) y probablemente sirve en **Mateo** y **Marcos** para indicar que la cruz fue el juicio del mundo, idea que encontramos en Juan.

Abandono divino. Fue en esa espantosa hora que Jesús exclamó: "¿Por qué me has abandonado?" Lo menos que podemos decir es que su pregunta revela la condición en que Cristo se encontraba. Experimentando el abandono de Dios, se apropió de las palabras del salmista registradas en **Salmos 22: 1**. En un sentido estaba soportando lo que los seres humanos a menudo experimentan en sus vidas: la aparente ausencia de Dios. Por lo tanto, Jesús estaba identificándose con la condición humana, pero más particularmente con el sufrimiento de los justos. En su caso el abandono de Dios era real y único. Como ya hemos visto, en el contexto de la narración de la pasión en los Evangelios y en el resto del Nuevo Testamento, el abandono de Dios fue el resultado de la entrega de Jesús por parte del Padre a la esfera del pecado y de la muerte por nosotros. Fue una separación real de Dios. Al Justo que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros (**2 Corintios 5: 21**).

Amor divino y juicio. El juicio de Dios contra el pecado, contra la violación de su ley, cayó sobre su propio Hijo. Como demostraremos, nunca debiéramos leer esto como si Dios castigara a su Hijo vengativamente, mientras su Hijo procura persuadir al Padre a que nos ame. Ellos no estaban uno contra el otro, más bien, estaban obrando juntos para salvarnos. "Cualquier cosa que haya ocurrido en la cruz en términos de 'el abandono de Dios', fue voluntariamente aceptado por ambos en el mismo santo amor que hizo necesaria la expiación". Y Elena G. de White añade: "Dios amó a su Hijo en su humillación. Él lo amó más cuando la penalidad por la transgresión de la ley cayó sobre él" [**Ellen G. White, A Crucified and Risen Saviour, Signs the Times, 12 de Julio de 1899**]. Sin embargo, Jesús experimentó la separación eterna de Dios que experimentarán los pecadores. Sería correcto concluir que los sufrimientos de Cristo tuvieron como causa fundamental la anticipación y la experiencia de su separación del Padre.

Profunda sed por Dios. El evangelio de Juan analiza este tema teológico al informar que sobre la cruz Jesús dijo: "Tengo sed" (**Juan 19: 28**). Obviamente él estaba físicamente sediento, pero a la luz del significado de su muerte en el Nuevo Testamento, la declaración es mucho más significativa. Es probablemente una alusión a **Salmos 22: 16**. "De acuerdo con el Salmo el Justo tuvo que soportar tanto la persecución, así como privación corporal de toda clase; uno reconoce en la experiencia de estar sediento la particular profundidad de la miseria y el agotamiento humanos". Pero la referencia pudo también ser de **Salmos 42: 1, 2** en la que el salmista describe el deseo de disfrutar la presencia de Dios como una profunda sed de él. Los seres humanos son caracterizados por la sed, y para ellos Jesús ofreció el agua de vida (**Juan 4: 7-14**; **7: 37**), prometiéndoles que cualquiera que la beba nunca tendrá sed otra vez (**Juan 4: 10-14**). Pero ahora era Jesús mismo quien estaba sediento y, desafortunadamente, su sed no podría ser apagada. Era una sed ocasionada por el sentimiento de la intensidad de su necesidad del compañerismo con Dios en un momento cuando no podía satisfacerla. En un sentido, "estoy sediento" es el equivalente del clamor de abandono encontrado en **Mateo** y en **Marcos**. Habla del abandono de Dios usando una imagen diferente. El clamor desde la cruz revela el terror y la desesperación que el Hijo afrontaba sobre el instrumento de tortura para que otros pudieran disfrutar el agua de la vida (**Juan 19: 34**). No significa que él abandonó al Padre. Por el contrario, su fe permaneció intacta en medio de la lucha que afrontaba. Experimentó el abandono, pero al mismo tiempo se dirigió al Padre como "Dios mío".

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 172-174

El Señor de gloria estaba muriendo en rescate por la familia humana. Al entregar su preciosa vida, Cristo no fué sostenido por un gozo triunfante. Todo era lobreguez opresiva. No era el temor de la muerte lo que le agobiaba. No era el dolor ni la ignominia de la cruz lo que le causaba agonía inefable. Cristo era el príncipe de los dolientes. Pero su sufrimiento provenía del sentimiento de la malignidad del pecado, del conocimiento de que, por la familiaridad con el mal, el hombre se había vuelto ciego a su enormidad. Cristo vio cuán terrible es el dominio del pecado sobre el corazón humano, y cuán pocos estarían dispuestos a desligarse de su poder. Sabía que sin la ayuda de Dios la humanidad tendría que perecer, y vio a las multitudes perecer teniendo a su alcance ayuda abundante.

Sobre Cristo como sustituto y garante nuestro fué puesta la iniquidad de todos nosotros. Fué contado por transgresor, a fin de que pudiese redimirnos de la condenación de la ley. La culpabilidad de cada descendiente de Adán abrumó su corazón. La ira de Dios contra el pecado, la terrible manifestación de su desagrado por causa de la iniquidad, llenó de consternación el alma de su Hijo. Toda su vida, Cristo había estado proclamando a un mundo caído las buenas nuevas de la misericordia y el amor perdonador del Padre. Su tema era la salvación aun del principal de los pecadores. Pero en estos momentos, sintiendo el terrible peso de la culpabilidad que lleva, no puede



ver el rostro reconciliador del Padre. Al sentir el Salvador que de él se retraía el semblante divino en esta hora de suprema angustia, atravesó su corazón un pesar que nunca podrá comprender plenamente el hombre. Tan grande fué esa agonía que apenas le dejaba sentir el dolor físico.

Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 700, 701

6.9. La fractura

Dentro del amplio tema de la redención hay algunos aspectos que parece ser que cuanto más se estudian más superficial se percibe lo alcanzado en relación con la profundidad del tema. Se utiliza el término "fractura" o "desgarramiento" (en los escritos de Ellen G. White, también en la teología moderna) para graficar la situación en la que estuvo la Deidad cuando Jesús murió. Este es uno de los grandes temas y creo que apenas tocaremos la superficie en las siguientes páginas; pero le aliento a profundizar en él.

Hemos analizado de alguna manera el tema de la separación que se produjo entre Cristo, pendiendo en la cruz, y su Padre como consecuencia de haber recibido sobre Él los pecados de todos nosotros. Esta separación quebrantó el corazón de Jesús y le causó la muerte. Trataremos ahora de analizar lo que ocurrió con la Deidad (con el respeto reverente que este majestuoso tema despierta en nosotros) mientras Cristo permaneció en la tumba y el significado que esto tuvo en los sufrimientos mentales y espirituales del Señor en la cruz, agonía mental "que apenas le dejaba sentir el dolor físico".

Al entregar su vida preciosa, Cristo no se sintió animado de un gozo triunfante. Su corazón estaba desgarrado por el dolor y oprimido por la tristeza. Pero no fueron el temor a la muerte ni el suplicio de cruz los que causaron a Cristo tan terribles padecimientos. Fué el gravísimo peso de los pecados del mundo y el sentimiento de hallarse separado del amor de su Padre lo que quebrantó su corazón y causó tan rápida muerte al Hijo de Dios.

Cristo experimentó el dolor que experimentarán los pecadores cuando comprendan la realidad del peso de su transgresión, y sepan que se han separado para siempre de la dicha y la paz del cielo.

Ellen G. White, Cristo Nuestro Salvador, 131

Jesús debía experimentar lo que el pecador no arrepentido sentirá cuando llegue el momento de enfrentar el juicio de Dios. Para Jesús, el Hijo de Dios, que había percibido por la eternidad el amor del Padre, su separación resultó en un sufrimiento casi insoportable, que como mencionamos le causó la muerte, con tanta prontitud que Pilato se sorprendió cuando le solicitaron el cuerpo inerte del Salvador.

Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

Hebreos 2: 14-18

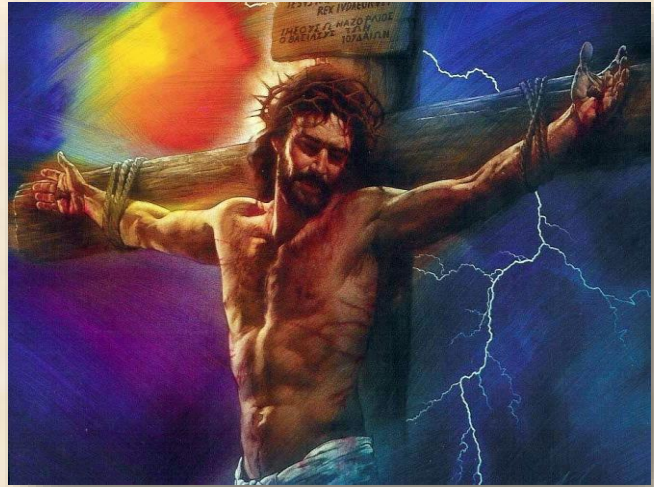
Desde que Dios, en su Hijo, asumió la responsabilidad por nuestro pecado, voluntariamente decidió experimentar en su propia persona nuestra penalidad eterna por el pecado. Esto habría requerido más que saber, a través de la encamación, lo que los pecadores no arrepentidos sentirán cuando enfrenten y experimenten el juicio de la muerte eterna. Nosotros no fuimos salvados a través del sufrimiento humano, sino a través del sufrimiento/pathema divino. De otra manera, Dios mismo no habría asumido la responsabilidad por nuestro pecado. La encamación precisamente hizo posible que Dios experimentara en su propia persona el sufrimiento/pathema divino por nuestro pecado. Con el propósito de tener una vislumbre de lo que estaba involucrado en esa experiencia, tendríamos que conocer lo que estaba pasando en el interior de la relación intertrinitaria mientras Cristo moría sobre la cruz. Aquí nos estamos aproximando al campo de la especulación humana [sin entrar en ella, en mi opinión] y la precaución es de importancia extrema.

Dos importantes declaraciones de Elena G. de White nos ayudarán a explorar este tema. Lo que ella dice encuentra apoyo en la comprensión bíblica de la encamación del Hijo de Dios, particularmente en la unión permanente de las dos naturalezas. Aquí está la primera: "En la hora más oscura, cuando Cristo estaba soportando el mayor sufrimiento que Satanás podía producir para torturar su humanidad, su Padre escondió su faz de amor, consuelo, y compasión. En esta lucha su corazón se quebrantó. Él clamó: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" [Manuscript Releases, Tomo 12, 407]. Varios aspectos de su declaración necesitan destacarse.

Primero, ella localiza a Cristo en el reino de las tinieblas, exactamente lo que el Nuevo Testamento indica a través del uso del término "entregó". Implica aumento del distanciamiento entre el Padre y el Hijo. Él estaba entrando en el reino de las tinieblas. Segundo, parte del sufrimiento del



Hijo era resultado de la tortura infligida sobre su naturaleza humana por Satanás. Esto incluía no solo su dolor físico, sino también las constantes tentaciones con las cuales Satanás lo asaltaba. Tercero, una fuente más de sufrimiento afligía intensamente al Hijo: ¡el abandono divino! El Padre retiró su amor, consuelo, y compasión del hijo. Esto no significa que Dios no amara a Jesús, sino que no había un mediador disponible a través de quien el amor del Padre pudiera alcanzar al Hijo. Él estaba ciertamente separado del Padre por causa de nuestro pecado. Cuarto, el retiro del favor divino resultó en un dolor insoportable en el mismo ser del Hijo de Dios. Esa remoción “rompió” o, quizás mejor, “suspendió” la relación personal y amante que había existido desde la eternidad entre el Padre y el Hijo. No podemos ni siquiera comenzar a imaginar la magnitud de la intensidad del dolor que Cristo experimentó sobre la Cruz. Él conoció el abandono en la plenitud de su profundidad abismal, y esto es lo que causó que clamara preguntándose qué le pasaba al Padre que así lo estaba abandonando. De esta manera el divino Hijo de Dios experimentó en su propio ser, como nuestro sustituto, la penalidad por nuestro pecado: nuestra eterna separación de Dios.



Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 176, 177

El Salvador no podía ver a través de los portales de la tumba. La esperanza no le presentaba su salida del sepulcro como vencedor ni le hablaba de la aceptación de su sacrificio por el Padre. Temía que el pecado fuese tan ofensivo para Dios que su separación resultase eterna. Sintió la angustia que el pecador sentirá cuando la misericordia no interceda más por la raza culpable. El sentido del pecado, que atraía la ira del Padre sobre él como sustituto del hombre, fué lo que hizo tan amarga la copa que bebía el Hijo de Dios y quebró su corazón.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 701

Es importante analizar este tema en base a otra declaración clave del Espíritu de Profecía (que es la segunda a la que se refiere el autor en la cita anterior). Esta declaración se basa en la comprensión de la muerte sacrificial de Cristo, su desamparo en los momentos finales y el efecto que esto tuvo sobre la Deidad, esta fractura o desgarramiento de los “**poderes divinos**”, dentro de lo que podemos alcanzar a comprender.

La segunda declaración trata más directamente con la cuestión del sufrimiento en el interior de la Divinidad. “Su [la de Cristo] alma fue hecha una ofrenda por el pecado. Fue necesario que las horribles tinieblas rodearan su alma porque se le retiró el amor y el favor del Padre; porque él estaba en lugar del pecador; y cada pecador debe experimentar esas tinieblas. El Justo debió sufrir la condenación y la ira de Dios, no como venganza; porque el corazón del Padre clamaba con gran dolor cuando su Hijo, el inmaculado, estaba sufriendo la penalidad del pecado. Este desgarramiento de los **poderes divinos nunca más volverá a ocurrir por las edades eternas**” [**Comentario Bíblico Adventista, Tomo 7, 924**].

Se imponen uno pocos comentarios. Primero, ella interpreta la muerte de Cristo en términos de una ofrenda por el pecado, insinuando que es sustitutiva y que expía el pecado. Segundo, ella declara explícitamente que la entrega de Jesús al reino de las tinieblas fue el resultado del abandono divino. El Padre retiró su amor y su favor del Hijo. Tercero, ella da la razón para esto: el Hijo estaba muriendo como sustituto por los pecadores. En otras palabras, los rebeldes seres humanos debieran haber experimentado el retiro del amor y el favor de Dios, pero Él proporcionó un sustituto quien sufrió todo eso en lugar de ellos. Cuarto, el Hijo estaba sufriendo la ira y la condenación de Dios, pero no vengativamente. No era que el Padre, controlado por un espíritu de revancha contra el Hijo, se regocijara en infligir dolor sobre él. Al contrario, el Padre nunca dejó de amar a su Hijo, incluso cuando estaba muriendo por nuestro pecado. Era, sencillamente, porque él estaba cargando nuestro pecado que ese amor no podía alcanzarlo.

Quinto, la Deidad sufrió con el Hijo cuando cargó la penalidad del pecado. Nosotros sabemos muy poco acerca de la naturaleza del pathema/sufrimiento divino. Del único sufrimiento que tenemos algo de experiencia y comprensión es del nuestro. Pero sabemos que “**Dios sufrió con su Hijo, como**



solamente el ser divino podría sufrir, para que el mundo pudiera reconciliarse con él" [Review & Herald, 22 de octubre de 1895]. Tal pathema/sufrimiento divino tiene una relación directa con el retiro del amor y el favor de Dios del Hijo. Esto es lo que Elena G. de White procede a desarrollar.

Sexto, ella describe el desamparo del Hijo de Dios como una "fractura (rompimiento) de los poderes divinos"; la frase "poderes divinos" se refiere a los miembros de la Deidad. Ella escribió: "Hay tres personas vivientes en el trío celestial; en el nombre de estos tres grandes poderes, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son bautizados los que reciben a Cristo mediante la fe" [El evangelismo, 446]. En el momento en que Cristo estaba experimentando el abandono de Dios sobre la cruz, algo extremadamente "doloroso" le estaba ocurriendo a la Deidad. Yo lo llamo "pathema/sufrimiento divino". Hubo una "fractura de los poderes divinos". "Fractura" no significa una sencilla "separación", tiene un grandísimo sentido de "separar por rompimiento", implica voluntad de separar lo que de otra manera debería permanecer unido. El pensamiento expresado aquí es profundo y difícil de comprender plenamente. Cuando Cristo colgaba de la cruz la Deidad experimentaba una "fractura", ¡un "rompimiento!" Ese fue el precio pagado por nuestra redención, sin el cual no habría existido un medio de expiar nuestros pecados. La eterna separación de Dios de las criaturas pecadoras fue experimentada por la Deidad con la exclusión del Hijo del amor y el compañerismo con los otros miembros de la Deidad.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 177-179

Mi intelecto se maravilla al penetrar en estos misterios del Dios inconmensurable al que servimos, pero mi corazón al mismo tiempo se derrite de gratitud al contemplar lo que Dios ha hecho por mí. Apenas si podemos entender nuestro sufrimiento y estamos intentando estudiar el sufrimiento de Dios en el momento culminante de la historia, cuando todo estaba en juego.

Gracias Señor por lo que hiciste. Gracias por ese inmenso e incomparable amor por quienes no merecemos ni una sola de tus lágrimas. Gracias por haber renunciado a tu condición divina para ofrecerte en mi lugar, gracias por haber llevado la penalidad y el sufrimiento que yo merezco para que pueda ser librado de él. Nada puedo hacer para compensar este inmenso sacrificio de la Deidad en toda su plenitud, excepto aceptarlo y vivir de acuerdo a los principios que nos has enseñado. Ayúdame para poder ser digno de ser llamado un seguidor e hijo tuyo.

¿Cómo fue posible el rompimiento de la Deidad? A través de la encamación del Hijo de Dios. Siendo que la unión de las naturalezas humana y divina del Hijo de Dios era permanente, cuando la naturaleza humana experimentó la separación de Dios como resultado del pecado, la divina también sintió esa separación de la Deidad a un nivel infinitamente más elevado. Fue a causa de esa separación que lo humano murió. Pero como lo divino no podía morir, quedó separado del círculo del amor y del favor de Dios en una dimensión que nosotros como seres humanos no podemos comprender. En este punto, el despojo de sí mismo (kenosis) del Hijo de Dios alcanzó insondables dimensiones. La naturaleza permanente de la encamación no nos permite sugerir que fue suspendida cuando Cristo estaba muriendo sobre la Cruz. Yo sugeriría que la separación consistía en la exclusión del Hijo de la interacción de amor que reposa en el mismo corazón de las Personas de la divinidad, algo que era imposible que ocurriera aparte de la encamación. Tal exclusión tuvo que ser un dolor inmensurable para los tres miembros de la Deidad, no solo para el Hijo.

El rompimiento de la Deidad, el divino pathema, fue la penalidad por los pecados de la raza humana que Dios experimentó sacrificialmente por nosotros para volver a reunimos con él. Fue posible a través de Cristo, quien, como sustituto, cargó nuestros pecados y como consecuencia fue excluido del círculo del amor y el compañerismo divino en nuestro lugar. Yo sugeriría que el sufrimiento experimentado por la Deidad sobrepasó la totalidad de la penalidad del pecado de toda la raza humana si todos hubieran perecido. En otras palabras, el divino pathema fue más intenso que la magnitud de la muerte eterna de todos los pecadores. Consecuentemente, hay ahora abundancia de gracia divina (**Romanos 5: 21**).

En este punto alguien podría suscitar una pregunta: ¿No sacrifica este punto de vista la unidad de la Deidad para preservar la unidad de las dos naturalezas de Cristo? No, no lo hace. El hecho de que el abandono del Hijo significó el alejamiento del favor y el amor de Dios de su Hijo y su consecuente pathema/sufrimiento divino, no se debiera interpretar diciendo que significa que el Trío Divino ya no era Uno. Ellos misteriosamente continuaron siendo Uno, unidos alrededor de un objetivo común, concentrados en la salvación de los pecadores. No hubo egoísmo en ellos. Lo que estaban haciendo era exclusivamente en beneficio de los indignos pecadores a un alto costo para la Deidad. Hubo también unidad en el sufrimiento (pathema divino). Se podría decir, sin oscurecer o empañar los papeles distintivos de cada miembro de la Divinidad en el plan divino, que "Dios mismo fue crucificado con Cristo; porque Cristo era uno con el Padre" [Signs of the Times, 26 de marzo de 1894]. No es simplemente que la persona de Cristo, sus naturalezas divina y humana, sufrió, sino que los otros miembros de la Divinidad también agonizaron con él. Podemos decir con seguridad que sobre la cruz "el Dios Omnipotente sufrió con su Hijo" [Review and Herald, 1972, 223]. Lo asombroso es que "la justicia demandaba el sufrimiento del hombre; pero Cristo ofreció el sufrimiento



de Dios" [Review and Herald, 1958, 102]. Un sacrificio de amor se produjo en el interior de las relaciones intertrinitarias. Esa experiencia común en la Deidad preservó la unidad de las tres personas, fue la unidad en una autoentrega divina total.

Conclusión

Sobre la cruz el Hijo de Dios encamado experimentó el abandono de Dios. La unión permanente de las dos naturalezas hizo posible que el Hijo de Dios cargara, como nuestro sustituto, nuestro pecado y culpa. El desamparo divino resultó en la muerte de la naturaleza humana y, a causa de la unión de las dos naturalezas, causó un intenso, indescriptible, sufrimiento dentro de la Deidad. La fractura de la Trinidad, que yo llamo "pathema divino". El Hijo de Dios fue, durante un período de tiempo, excluido del círculo amoroso y de comunión de la Trinidad, pero sin destruir la unidad de la Deidad. Dios, ciertamente, aceptó la responsabilidad por nuestros pecados a través de su Hijo. Tal rompimiento nunca más volverá a ocurrir.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 179-181

La caída del hombre llenó todo el cielo de tristeza. El mundo que Dios había hecho quedaba mancillado por la maldición del pecado, y habitado por seres condenados a la miseria y a la muerte. Parecía no existir escapatoria para aquellos que habían quebrantado la ley. Los ángeles suspendieron sus himnos de alabanza. Por todos los ámbitos de los atrios celestiales, había lamentos por la ruina que el pecado había causado.

El Hijo de Dios, el glorioso Soberano del cielo, se conmovió de compasión por la raza caída. Una infinita misericordia conmovió su corazón al evocar las desgracias de un mundo perdido. Pero el amor divino había concebido un plan mediante el cual el hombre podría ser redimido. La quebrantada ley de Dios exigía la vida del pecador. En todo el universo sólo existía uno que podía satisfacer sus exigencias en lugar del hombre. Puesto que la ley divina es tan sagrada como el mismo Dios, sólo uno igual a Dios podría expiar su transgresión. Ninguno sino Cristo podía salvar al hombre de la maldición de la ley, y colocarlo otra vez en armonía con el Cielo. Cristo cargaría con la culpa y la vergüenza del pecado, que era algo tan abominable a los ojos de Dios que iba a separar al Padre y su Hijo...

Cristo intercedió ante el Padre en favor del pecador, mientras la hueste celestial esperaba los resultados con tan intenso interés que la palabra no puede expresarlo. Mucho tiempo duró aquella misteriosa conversación, el "consejo de paz" en favor del hombre caído. El plan de la salvación había sido concebido antes de la creación del mundo; pues Cristo es "el Cordero, el cual fue muerto desde el principio del mundo". Sin embargo, fue una lucha, aun para el mismo Rey del universo, entregar a su Hijo a la muerte por la raza culpable... ¡Oh, el misterio de la redención! ¡El amor de Dios hacia un mundo que no le amaba! ¿Quién puede comprender la profundidad de ese amor "que excede a todo conocimiento"?

Ellen G. White, El Cristo Triunfante, 32

6.10. Una segura esperanza

Usted y yo podemos estar seguros de algo. Nuestras cuentas han sido pagadas en la cruz del Calvario. Los discípulos que se encontraron con Jesús en el camino a Emaús, después de su resurrección, pensaban que la redención de Israel se había esfumado al morir Jesús. No comprendían aún el gran acontecimiento del que habían sido testigos.

Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido.

Lucas 24: 21

Hoy, casi 20 siglos después, cuando los tiempos finales están a punto de alcanzarnos podemos estar seguros que nuestra "redención está cerca"; no porque haya algo del plan de redención que esté pendiente, pues las culpas han sido pagadas, sino solamente esperamos que las consecuencias del sacrificio nos beneficien.

Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.

Lucas 21: 28

Entonces los portales de la ciudad de Dios se abren de par en par, y la muchedumbre angélica entra por ellos en medio de una explosión de armonía triunfante.

Allí está el trono, y en derredor el arco iris de la promesa. Allí están los querubines y los serafines. Los comandantes de las huestes angélicas, los hijos de Dios, los representantes de los mundos que nunca cayeron, están congregados. El concilio celestial delante del cual Lucifer había



acusado a Dios y a su Hijo, los representantes de aquellos reinos sin pecado, sobre los cuales Satanás pensaba establecer su dominio, todos están allí para dar la bienvenida al Redentor. Sienten impaciencia por celebrar su triunfo y glorificar a su Rey.

Pero con un ademán, él los detiene. Todavía no; no puede ahora recibir la corona de gloria y el manto real. Entra a la presencia de su Padre. Señala su cabeza herida, su costado traspasado, sus pies lacerados; alza sus manos que llevan la señal de los clavos. Presenta los trofeos de su triunfo; ofrece a Dios la gavilla de las primicias, aquellos que resucitaron con él como representantes de la gran multitud que saldrá de la tumba en ocasión de su segunda venida. Se acerca al Padre, ante quien hay regocijo por un solo pecador que se arrepiente. Desde antes que fueran echados los cimientos de la tierra, el Padre y el Hijo se habían unido en un pacto para redimir al hombre en caso de que fuese vencido por Satanás. Habían unido sus manos en un solemne compromiso de que Cristo sería fiador de la especie humana. Cristo había cumplido este compromiso. Cuando sobre la cruz exclamó: “consumado es”, se dirigió al Padre. El pacto había sido llevado plenamente a cabo. Ahora declara: Padre, consumado es. He hecho tu voluntad, oh Dios mío. He completado la obra de la redención. Si tu justicia está satisfecha, “aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo”.

Se oye entonces la voz de Dios proclamando que la justicia está satisfecha. Satanás está vencido. Los hijos de Cristo, que trabajan y luchan en la tierra, son “aceptos en el Amado”. Delante de los ángeles celestiales y los representantes de los mundos que no cayeron, son declarados justificados. Donde él esté, allí estará su iglesia. “La misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron”. Los brazos del Padre rodean a su Hijo, y se da la orden: “Adórenlo todos los ángeles de Dios”.

Con gozo inefable, los principados y las potestades reconocen la supremacía del Príncipe de la vida. La hueste angélica se postra delante de él, mientras que el alegre clamor llena todos los atrios del cielo: “¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!”.

Los cantos de triunfo se mezclan con la música de las arpas angelicales, hasta que el cielo parece rebosar de gozo y alabanza. El amor ha vencido. Lo que estaba perdido se ha hallado. El cielo repercute con voces que en armoniosos acentos proclaman: “¡Bendición, y honra y gloria y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!”.

Desde aquella escena de gozo celestial, nos llega a la tierra el eco de las palabras admirables de Cristo: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. La familia del cielo y la familia de la tierra son una. Nuestro Señor ascendió para nuestro bien y para nuestro bien vive. “Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”.

Ellen G. White, El Deseado de todas las Gentes, 773-775

Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

Romanos 8: 22-25



Todos los tesoros del universo se ofrecerán al estudio de los redimidos de Dios. Libres de las cadenas de la mortalidad, se lanzan en incansable vuelo hacia los lejanos mundos—mundos a los cuales el espectáculo de las miserias humanas causaba estremecimientos de dolor, y que entonaban cantos de alegría al tener noticia de un alma redimida. Con indescriptible dicha los hijos de la tierra participan del gozo y de la sabiduría de los seres que no cayeron. Comparten los tesoros de conocimientos e inteligencia adquiridos durante siglos y siglos en la contemplación de las obras de Dios. Con visión clara consideran la magnificencia de la creación—soles y



estrellas y sistemas planetarios que en el orden a ellos asignado circuyen el trono de la Divinidad. El nombre del Creador se encuentra escrito en todas las cosas, desde las más pequeñas hasta las más grandes, y en todas ellas se ostenta la riqueza de su poder.

Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, tanto más admirarán su carácter. A medida que Jesús les descubra la riqueza de la redención y los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos se estremecerán con gratitud siempre más ferviente, y con arrebatadora alegría tocarán sus arpas de oro; y miríadas de miríadas y millares de millares de voces se unirán para engrosar el potente coro de alabanza.

“Y a toda cosa creada que está en el cáelo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, las oí decir: ¡Bendición, y honra y gloria y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!” **Apocalipsis 5: 13 VM.**

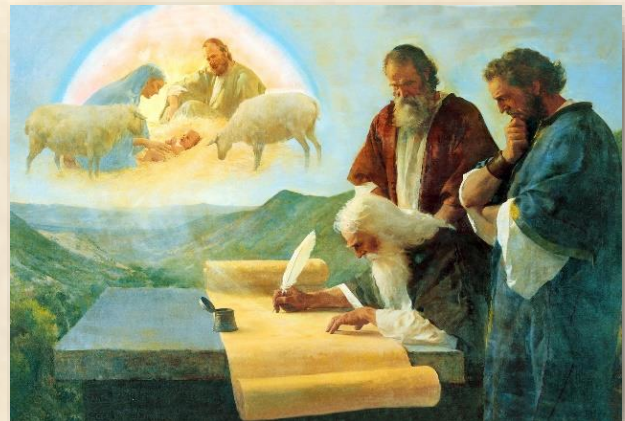
El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor.

Ellen G. White, El Conflicto de los Siglos, 736, 737

7. Material complementario

7.1. El mensaje de Isaías 53

Isaías es llamado el “profeta evangélico” por el capítulo 53 de su libro. Este capítulo es llamado por algunos estudiosos “el evangelio en miniatura” (o alguna frase de semejante significado) lo cual me parece muy apropiado. En este capítulo Isaías presenta la muerte sustitutiva con conceptos que enriquecen la comprensión de este gran tema de la teología cristiana. Esta muerte sustitutiva es evidente desde los primeros pasajes y se presenta con claridad la transferencia de la culpa del pueblo al Siervo.



¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Isaías 53: 1-6

El orador es “nosotros”, el pueblo. Esta sección comienza con una pregunta retórica dirigida a aquellos que sabían que el Siervo vendría, pero que no lo reconocieron cuando Aquí el “nosotros” describe la nueva comprensión que han obtenido acerca del significado de la experiencia del Siervo del Señor. Se dieron cuenta que el Siervo pasó por algo que ellos deberían haber pasado, que “él llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (versículo 4; el verbo hebreo nasa' significa “cargar”, cf. **Mateo 8: 16, 17**). Tal descubrimiento situó su actitud negativa previa hacia él en una luz incluso más dolorosa, así que los fuerza a hacer una segunda confesión: “Nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido”. La admisión reconoce la errónea comprensión que tenían de la actitud de Dios hacia el Siervo. Ellos pensaban que estaban del lado de Dios cuando lo rechazaron y proyectaron sobre Dios sus propios sentimientos y actitudes hacia el Siervo. En un sentido la frase



expresa una verdad, a saber, que Dios estaba en realidad directamente involucrado en lo que el Siervo estaba experimentando, pero el poema tratará esto más tarde. Sin embargo, esto no parece ser lo que “**nosotros**” teníamos en mente.

El lenguaje utilizado en la primera parte de **Isaías 53: 4** introduce el concepto de sustitución al establecer un fuerte contraste entre “**nosotros/nuestro**” y “**él**”. Él experimentó, él llevó, lo que era “**nuestro**”. La condición del Siervo, que había sido disminuido su valor ante sus ojos, era precisamente la propia condición personal de ellos que él les había quitado y la había puesto sobre él. El versículo **5** desarrolla mucho más este pensamiento cuando declara que él “**herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados**” (cf. **Romanos 4: 25**). No es que él hubiera participado en la condición de ellos, sino que sufrió o tomó sobre sí el resultado final de la alienación de Dios. El Siervo asumió su lugar y recibió lo que ellos merecían, como el “**nosotros**” lo expresó explícitamente en la última parte del versículo **5**, la tercera confesión del pueblo: “**el castigo de nuestra paz fue sobre él**”; más adelante explica cómo “**por [hebreo: b^e, “al costo de”] sus heridas fuimos nosotros curados**” (cf. **1 Pedro 2: 24**). Aquí está su reconocimiento de que la salvación vino a través de la experiencia del Siervo. Porque él tomó “**nuestro**” castigo “**nosotros**” recibimos de él paz: sus llagas nos traen sanidad.

La idea de sustitución está aún más clara en **Isaías 53: 6**. El versículo comienza con la cuarta confesión del pueblo. A la luz de la obra salvadora del Siervo, la percepción del pueblo cambia radicalmente. Reconocen su necesidad de salvación al compararse con ovejas que se extraviaron; todas ellas se fueron por sus propios caminos (cf. **Isaías 42: 24; 48: 17; 1 Pedro 2: 25**). Ahora han comprendido que lo que en realidad sucedió fue que “**Jehová cargó en él el pecado [hebreo: ‘awon, “deuda” “culpa”] de todos nosotros**” (cf. **Juan 1: 29**). Vemos aquí la idea de una transferencia sustitutiva de iniquidad/culpa del pueblo al Siervo. Así es como fueron sanados.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 88, 89

Los siguientes versículos abundan en referencias (ahora que Dios toma la palabra) a las características del sacrificio voluntario y sustitutivo de Jesús. También se expone su idoneidad para ser un sacrificio sustitutivo pues “**nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca**”.

Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.

Isaías 53: 7-9

El discurso del pueblo termina y ahora escuchamos, probablemente, la voz del Señor, como sugiere la frase, “**mi pueblo**”, en el versículo **8**. Lo que tenemos es la perspectiva del Señor con respecto a la experiencia del Siervo. Demuestra que la nueva comprensión del pueblo, con respecto a la obra del Siervo, era correcta. El versículo **7** lo describe como sometido. Mientras afrontaba la opresión y la aflicción no abrió su boca (cf. **Mateo 26: 63; 27: 12, 14; 1 Pedro 2: 23**). Fue como una oveja ante sus trasquiladores, como un cordero llevado al matadero (cf. **Hechos 8: 32, 33; Apocalipsis. 5: 6; 12**). Calladamente se sometió al plan divino para él. Aunque sufrió una ejecución ilegal, ¡su descendencia será numerosa! El poema anuncia su muerte redentora: “**Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido**” (**Isaías 53: 8**; cf. **1 Corintios 15: 3**). Su muerte no fue el resultado de su pecado, sino del pecado del pueblo de Dios, que él había tomado sobre sí. Como había sido ejecutado como un criminal, debía ser sepultado como uno de ellos, pero en cambio fue sepultado como una persona rica. El pasaje explica el contraste señalando el hecho de que el Siervo era totalmente inocente: él fue sin pecado, libre de violencia y engaño (cf. **1 Pedro 2: 22; 1 Juan 3: 5**). Aquí tenemos el testimonio de Dios mismo concerniente a su Siervo.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 90

Pero tal vez el asunto central de este sacrificio es la explícita decisión de Dios de sacrificarlo. Era una decisión de amor la que llevó a Dios a entregar a su Hijo. Esta entrega solamente hubiera sido posible si la Deidad estaba comprometida con la redención de los pecadores. Muchas veces la Escritura asigna a Dios acciones que Él permite.

Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.

Isaías 53: 10

La Biblia también dice que el Padre tuvo una parte directa en la entrega de Jesús a los malvados y a las fuerzas del mal. Jesús declaró que, al dar su vida, estaba obedeciendo al Padre (**Juan 10: 18**). En **Romanos 4: 25** encontramos el uso de la forma pasiva del verbo, dando a entender que era Dios quien realizaba la acción: “**Él (Cristo) fue entregado para morir por nuestros**



pecados". Obviamente, los malvados no tenían la intención de llevar a Jesús a la muerte por nuestros pecados. Dios estaba haciendo eso por nosotros. El pasivo divino está probablemente presente en **Marcos 9: 31**: "El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres" (cf. **Hechos 24: 7**). Cuando en la Escritura el sujeto del verbo "entregar" (paradidomi) es Dios, comúnmente connota un resultado y propósito negativo y presupone una experiencia negativa sobre el objeto del verbo. Permítame darle algunos ejemplos. **Hechos 7: 42** dice que Dios entregó a los israelitas que se rebelaron contra él a las consecuencias de sus propios pecados, o a los resultados de sus pecados. Es también el caso en **Romanos 1: 24, 26, 28**, donde dice que Dios entregó a los gentiles a sus propios caminos pecaminosos. Este es el modo en que se reveló la ira de Dios contra ellos (**Romanos 1: 18**). El verbo paradidomi ("entregar") lleva en tales casos la idea de juicio divino y podría traducirse como "entregar para juicio/castigo". Este uso es común en el Antiguo Testamento griego (por ejemplo: **Isaías 34: 2; Jeremías. 21: 10; 32: 28; Ezequiel 11: 9**).

Parece que esas ideas estaban en la mente de Pablo cuando comentó: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (**Romanos 8: 32**). La oración "el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" contiene un pensamiento profundo que corresponde al que hallamos en el relato que encontramos en el evangelio. Cuando el sujeto del verbo "entregó" (paradidomi) es Dios, indica que él entregó activa e intencionalmente a Cristo al poder del pecado y de la muerte, el reino de las tinieblas (**Romanos 4: 25**). El Antiguo Testamento colocó a quienes estaban ritualmente impuros en la esfera de la impureza/muerte. La víctima sacrificial era ritualmente transferida a esa esfera a favor o en lugar de los pecadores arrepentidos y experimentaba lo que los seres humanos debían haber experimentado. Ahora era a Jesús a quien el Padre entregó para morir en la forma en que todos los pecadores debían haber muerto.

El lenguaje usado por Pablo en **Romanos 8: 32** es un eco del contenido de dos pasajes del Antiguo Testamento, y ambos apoyan la idea de que fue Dios quien entregó a Jesús al sufrimiento y a la muerte. El primero es **Génesis 22: 16**. En el último momento Dios proporcionó una víctima sacrificial como sustituto para el hijo de Abraham. Pero en el caso de Jesús Dios no lo "escatimó" sino que lo entregó como sacrificio por nuestros pecados. La frase "no escatimó a su Hijo" implica que la entrega fue una experiencia dolorosa tanto para el Padre como para el Hijo. El verbo "escatimar" [pheidomai] significa "salvar de la pérdida o el daño". Ambas ideas están presentes en nuestro pasaje: Jesús se hizo pobre por nosotros y murió por nosotros. El segundo pasaje está en (la Septuaginta) **Isaías 53: 6**. El texto declara que fue el Señor quien dio o entregó al Siervo por los pecados del pueblo. Nótese que el versículo **12** explícitamente declara que el Siervo entregó su propia vida hasta la muerte. Ya hemos señalado que el Siervo del Señor en Isaías fue transferido a la esfera de la muerte como un sustituto de los seres humanos rebeldes quienes no merecían la misericordia divina. La entrega de Jesús está en el mismo centro de su obra redentora.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 170-172

Isaías presenta además la recompensa del Siervo y el efecto de su sacrificio en quienes acepten la gracia de Dios manifestada en él. El sacrificio magnánimo de Dios no sería en vano, en el futuro vería la recompensa "de la aflicción de su alma".

Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.

Isaías 53: 11, 12

La última estrofa presenta el significado teológico de la experiencia del Siervo. Completa el cuadro descrito en los versículos anteriores al repetir y aclarar el papel de Dios en el proceso y los beneficios plenos de la misión del Siervo. Lo que le ocurrió no fue un accidente sino el resultado de la voluntad divina. Fue parte del plan divino que incluía quebrantarlo, hacerlo sufrir. La Escritura interpreta esa humillante experiencia en términos del sistema sacrificial israelita. Dios lo ofreció como ofrenda por la culpa: como un sacrificio expiatorio. Ahora todo el lenguaje de sufrimiento, desfiguración, heridas, castigo y su asociación con las transgresiones e iniquidades quedó claro. Tratado como una víctima sacrificial, llevó el pecado del pueblo sobre sí, murió como una víctima sacrificial: en lugar del pueblo.

Pero su muerte lleva a la resurrección: "verá linaje" (versículo **10**); "Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho" (versículo **11**). Al volver de la oscuridad de la muerte, el Siervo continuará cumpliendo la voluntad del Señor: el plan de redención. El siguiente aspecto es la aplicación de los beneficios de su muerte sacrificial a los que creen: "por su conocimiento justificará mi Siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos" (versículo **11**). La frase "por su conocimiento" podría significar "como resultado de su experiencia", es decir, por su muerte sacrificial, o "por el conocimiento de él", es decir, por tener un conocimiento personal o una fe relacional con él. En el propósito redentor de Dios los dos son inseparables. Es a través de ese conocimiento que



el Siervo declara justos a “muchos” (cf. **Romanos 5: 19**). Los “muchos” son todos aquellos que, de acuerdo con el poema, encuentran en el sufrimiento, la muerte, y la resurrección del Siervo un propósito redentor para sus vidas. La declaración de justicia es posible porque él llevó las iniquidades de ellos (versículo **11**).

La resurrección del Siervo también incluye su exaltación (versículo **12**; cf. **52: 13**). El texto nos da la razón de su exaltación: porque fue obediente hasta la muerte. Haciendo que “fuera contado con los pecadores” (versículo **12**; cf. **Lucas 22: 37**). Pero no es, simplemente, compartir el destino de los pecadores. De hecho, él “llevó los pecados de muchos” (**Isaías 53: 12**; cf. **Hebreos 9: 28**; **1 Pedro 2: 24**). Tomando lo que pertenecía a los “muchos”: sus pecados, él los cargó en su lugar. Se puso entre Dios y el pecador como intercesor para quien no había intercesor. Después de su humillación siguió su exaltación (cf. **1 Pedro 1: 9, 10**). Podríamos también interpretar la referencia a su mediación en términos de lo que haría por los seres humanos después de su exaltación (cf. **Romanos 8: 34**). En ese caso **Isaías 53: 12** empieza y termina con una referencia a la exaltación del Siervo.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 90, 91

7.2. La redención en Abraham e Isaac

He tratado este tema en otros estudios y no deseo redundar sobre lo ya mencionado. Pero si quisiera recalcar la relación entre esta experiencia extraordinaria del Padre de la Fe y el tema de la redención que nos ocupa aquí. Abraham ocupa aquí el lugar del Padre que debe sacrificar a su Hijo, al Único, al que ama, para cumplir con una necesidad (en este caso una demanda de Dios). Aunque el escritor bíblico, Moisés sin ninguna duda, nos anticipa que se trata de una prueba, la situación no se percibe así para Abraham quien sufre en silencio antes de comunicar a su hijo el propósito del viaje.

Uno de los relatos más dramáticos de la Biblia está en **Génesis 22**. Dios pidió a Abraham que sacrificara a Isaac su único hijo, a quien amaba, como holocausto. La historia se desarrolla en forma lenta. Desde el mismo principio el escritor bíblico informa al lector que es una prueba y por implicación que Dios no permitirá a Abraham que sacrifique a Isaac. El Señor procura proporcionar una oportunidad para que Abraham revele la profundidad de su compromiso con él. Una prueba es un medio a través del cual lo que está escondido o está cuestionado se hace presente y visible a otros. ¿Por qué fue necesario que Abraham revelara su fe, la naturaleza de su compromiso con Dios? El relato mismo no proporciona una respuesta. En ella solamente vemos lo doloroso y angustioso de la prueba.

El hecho de que al final de la experiencia Dios renueva su pacto sugiere que la prueba tenía relación con el pacto que él había hecho con Abraham. Antes Dios le había dicho: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera” (**Génesis 17: 12**). La promesa divina iba a cumplirse a través de su descendiente, Isaac, nacido de Sara (versículo **16**). Isaac nació como un regalo de Dios, el resultado de una intervención divina y milagrosa. Pero Abraham no fue totalmente fiel a las estipulaciones pactadas y no “había andado en forma perfecta delante” del Señor. En ese sentido había violado el pacto. Era importante que Abraham manifestara su fe, que la revelara de una manera sin precedente. Por eso tuvo que hacerle frente a una prueba que debe haber estremecido el mismo centro de su ser.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 83, 84

Aunque Abraham está dispuesto a llevar a cabo el sacrificio, es Dios que en última instancia lo detiene. Dios deseaba que Abraham experimentara de una manera apenas significativa, comparado con el pathema divino del que hemos hablado, lo que Dios haría unos 20 siglos después. Pero mientras Abraham fue detenido y un carnero sustituto fue provisto, el Padre si debió sacrificar a su Hijo...

El relato combina una serie de elementos que serán importantes para la comprensión del sacrificio expiatorio en la Biblia. Une el rompimiento del pacto, el abandono divino, la posibilidad de la muerte, un sacrificio sustitutivo, y la restauración del compañerismo con Dios a través de la renovación del pacto. No es extraño encontrar algunas alusiones a él en el Nuevo Testamento en el contexto del rol sacrificial de Jesús. Mencionaremos sólo algunas de ellas.

Durante el bautismo de Jesús se escuchó “de los cielos” la voz del Padre diciendo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (**Marcos 1: 11**). **Génesis 22: 2** describe a Isaac no solamente como el hijo de Abraham sino como el único “a quien amas [griego: agapetos]”. Jesús es el Hijo de Dios “a quien yo [el Padre] amo [agapetos]” (cf. **Juan 3: 16**). El único lugar en el Antiguo Testamento en el cual alguien escuchó una voz del cielo es **Génesis 22: 15**. Ahora la voz del Padre mismo se dirige a su Hijo desde el cielo. La manifestación salvífica de la presencia de Dios ahora ocurre en la persona de su amado Hijo.

Dios dijo a Abraham: “No me has rehusado [LXX, pheidomai] tu hijo, tu único hijo” (versículo **16**). Pablo escribe, “El [Dios] que no escatimó [pheidomai] ni a su propio Hijo, sino que lo entregó



por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas” (**Romanos 8: 32**). Tanto la traducción griega del Antiguo Testamento como Pablo usaron el mismo verbo, pheidomai (“reservó, retención de algo”). El paralelo es, de hecho, un contraste. El hijo de Abraham fue preservado (retenido) pero el Hijo de Dios, no lo fue. La experiencia de Abraham tipificó o señaló al verdadero acto sacrificial de Cristo.

Otras referencias a **Génesis 22** ponen el énfasis en la fe de Abraham quien confió en Dios al punto de estar dispuesto a sacrificar a su hijo. Hebreos declara que Abraham confió tanto en Dios que estuvo seguro que el Señor resucitaría a Isaac de los muertos para cumplir las promesas que le había hecho (**Hebreos 11: 17-20**). Santiago utiliza la historia para demostrar que la fe tiene que ir acompañada por las obras de amor y obediencia a Dios (**Santiago 2: 31, 32**). Los escritores bíblicos utilizan el relato no solamente para ilustrar el significado sacrificial de la muerte de Cristo sino también la calidad de respuesta de fe del creyente a Dios que proporciona el sacrificio por nosotros.

Angel M. Rodríguez, Cruzando el Abismo, 85, 86

Dios le bendiga.